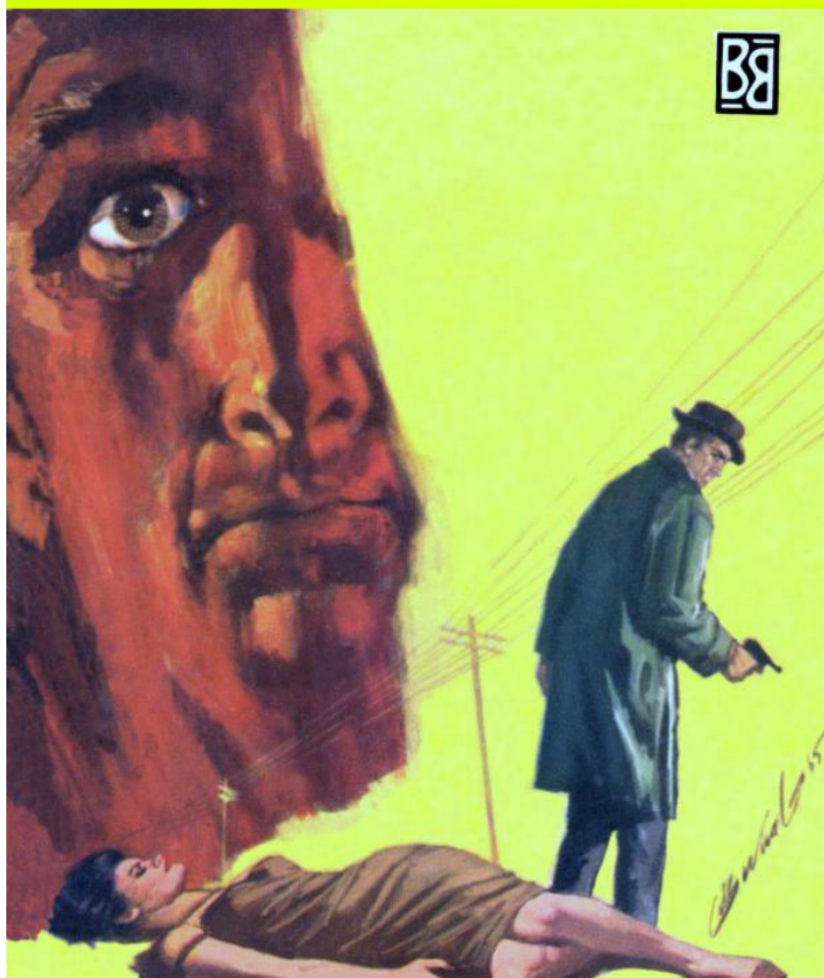


PUNTO
ROJO

cita en el más allá

silver kane





SILVER KANE



CITA EN EL MAS ALLA

Colección PUNTO ROJO n° 181

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



DEPOSITO LEGAL B - 23750-1965

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: octubre, 1965

© SILVER KANE - 1965

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL - 1965

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

En Colección BISONTE:

921. - Jinetes en la niebla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

791. - Muere en silencio, Ketty.

En Colección SALVAJE TEXAS:

451. - La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

315. - Hijo de la muerte.

En Colección BUFALO:

624. - Los ojos del buitre.

En Colección ASES DEL OESTE:

333. - La esposa del diablo.

En Colección PUNTO ROJO:

178. - No llores ante mi fosa.

En Colección METRALLA:

49. - ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

143. - El hotel de las brumas.

En Colección BRAVO OESTE:

220. - El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

19. - Rumbo al Más Allá.

En Colección COLORADO:

409. - Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:

459. - Vendo mi cadáver.

CAPÍTULO PRIMERO

La escalera de peldaños retorcidos, doblados por el paso de varias generaciones, parecía ascender entre las sombras. Todo el piso estaba en silencio y sólo se oía el golpear muy leve de una ventana al ser sacudida por el vientecillo de la noche. Pero en aquel momento, unos sonidos muy leves retumbaron en el cerebro del hombre.

Éste se apoyó en el bastón.

La pierna le dolía tanto que no estaba seguro de poder llegar hasta el piso superior, pero de todos modos decidió intentarlo. «Es ridículo... —pensó—. Ahora, hasta un niño podría vencerme y echarme a rodar escaleras abajo...».

Empezó a ascender.

Lo hizo con infinitas precauciones, para que su bastón no causara el menor ruido. Pero dándose cuenta de que ello le sería muy difícil, se apoyó en la barandilla, y alzando el bastón hasta la altura de sus ojos, envolvió su punta con un pañuelo, el cual ató sólidamente por medio del cordón de uno de sus propios zapatos. Hecho esto, ya pudo avanzar sin temor a ser oído.

En uno de los descansillos, donde había una ventana, la luz de la luna dibujaba en el suelo fantasmales reflejos.

El hombre sintió que algo se le erizaba en la piel y que una sensación desconocida llegaba hasta la punta de sus cabellos.

El pañuelo blanco, atado a la punta del bastón, produjo el efecto de un ser vivo que se arrastraba entre las sombras.

Llegó al piso superior.

Allí, el silencio era aún más denso, más tenebroso que en el primer piso. Ni siquiera se oía el gotear del grifo ni el tictac de la ventana. Daba la completa y angustiosa sensación de haber llegado a una tumba.

Siempre avanzando silenciosamente, fue hasta la habitación de

Danielle, donde ya había estado con anterioridad.

Hizo girar con mucha suavidad el pomo de la puerta.

Ésta no cedió.

Danielle había cerrado por dentro.

Respirando anhelosamente, como si estuviera muy cansado, el hombre dejó el pomo y fue tanteando la pared hasta llegar a otra puerta. Ésta cedió. Por lo visto, la persona que se encontraba allí no había tenido tanto miedo como Danielle.

El hombre vio una habitación iluminada también por el resplandor de la luna. Sobre una butaca estaban dobladas unas prendas de mujer: una falda de algodón, unas medias, un liguero y una blusa. La dueña de todo aquello estaba tendida en el lecho y dormía acompasadamente. No llevaba más que un pijama transparente que permitía ver su cuerpo con casi absoluta claridad.

Pero al hombre no le interesaba ahora ver mujeres más o menos desnudas.

Cerró la puerta suavemente, sin hacer el menor ruido.

Luego siguió avanzando.

Había otra puerta cerrada y otra más, cuyo pomo cedió al hacerlo girar él con suavidad.

En aquella nueva habitación el ocupante era un hombre. Un tipo de unos cincuenta años, grueso como una ballena, que a cada expiración de aire hinchaba las sábanas como las velas de un navío. Si al hombre no le había interesado la mujer del pijama transparente, éste que ahora veía, le interesó mucho menos, de modo que cerró la puerta con la misma suavidad.

Por unos momentos pareció desorientado, quieto en el centro del pasillo y con el cuerpo parcialmente bañado por la luz de la luna.

Luego siguió avanzando.

Al fondo del pasillo había una puerta sin pintar, más pequeña que las otras, y que a diferencia de las demás no tenía número. Se dirigió hacia ella sintiendo cada vez más intensamente el dolor de su pierna izquierda. Unas gotitas de sudor frías habían aparecido en sus sienes.

Hizo girar el pomo de aquella última puerta, que también cedió a la leve presión.

Penetró silenciosamente en aquella habitación que era como un desván y tenía el techo abuhardillado, como los que tantas veces

han aparecido en las películas sobre los pintores bohemios de París. Multitud de trastos viejos e inservibles se amontonaban en aquel recinto.

Antiguos maniqués despanzurrados, palanganas desconchadas, un lavabo inservible y arrancado casi de cuajo, alfombras deshilachadas, dos colchones doblados y atados con bramante... Todo allí era viejo e inútil, un poco siniestro. Pero no fue el clima de la habitación, el clima obsesionante que formaban todos aquellos trastos lo que hizo que otra vez el hombre sintiera aquella sensación extraña en la punta de sus cabellos.

Porque allí había también un espejo, un espejo enmarcado en madera carcomida, procedente de uno de esos viejos tocadores que las damas usaban antaño.

¡Y sobre este espejo, entrando por los cristales del techo se reflejaba la luna!

El hombre tragó saliva lentamente, mientras sus facciones se tensaban formando una mueca.

Mientras lo miraba, los músculos del hombre sufrieron una sacudida.

El no había dejado la puerta cerrada del todo, sino únicamente entornada. Por el hueco podía verse un pedazo de corredor. Y aunque él no miraba hacia allí, por el rabillo del ojo pudo ver la sombra que pasaba suavemente ante la puerta.

Aquella sombra no produjo el menor ruido, como si fuera una alucinación, pero el hombre se dio cuenta de que correspondía a un ser humano real y tangible. A otro hombre concretamente.

Apoyándose en el bastón, dio un par de pasos.

La puerta crujió levísimamente al abrirla él del todo para ver el pasillo. La luz de la luna, por una ventana situada al fondo, lo iluminaba casi todo por completo. El hombre no pudo ver allí ninguna presencia humana, pero en cambio, se dio cuenta de que unos pasos más allá había un recodo que quedaba enteramente sumido en sombras.

Avanzó.

Llegó al recodo en silencio, como una sombra más, y de repente, sus ojos se encontraron con los de aquel hombre.

Fue un choque instantáneo, brutal, en el cual, las miradas de los dos parecieron despedir fuego.

El hombre retrocedió un paso, saliendo a la zona de luz. Pudieron verse claramente sus ropas de buena calidad, su reloj de oro, su perla auténtica adornando la corbata y sus facciones sudorosas.

El hombre estaba asustado, pero en sus ojos había algo reluciente, febril, como lo que hay en los ojos de una fiera que se dispone a saltar sobre otra.

El del bastón actuó rápidamente. No perdió más allá de un par de segundos en los preparativos.

Apoyándose en su pierna derecha alzó a medias el bastón y desenroscó la empuñadura con dos veloces movimientos. Su gesto fue tan rápido y denotó tanta maestría, que en cierto modo, el otro hombre no pudo preverlo, a pesar de estar viéndolo con sus propios ojos. Y luego entrechocaron lúgubrementes unos dientes.

Del mango del bastón había brotado una espada corta, afilada como una navaja de afeitar. Aquella espada estaba unida a la empuñadura del bastón, formando en realidad un arma terrible por su fácil manejo.

Volvieron a entrechocar los dientes del hombre.

Mientras el otro saltaba, él movió su puño derecho, con el que sostenía el arma. La hoja se clavó hasta el fondo del corazón, y su dueño la volvió a sacar instantes después, tinta en sangre.

El otro no había exhalado ni un solo gemido. Boqueaba angustiosamente, mirándose la herida del corazón, de la que apenas había brotado unas gotitas de sangre.

Pero no estaba muerto.

Antes de que cayera le atravesó otra vez con la hoja de acero, alcanzándole casi en el mismo punto. Ahora sí que la herida fue mortal instantáneamente. El hombre vaciló y un bastón lo sostuvo a medias para que su caída no produjera estrépito. Aun así se escuchó un golpe blando, pastoso, cuando el cadáver se desplomó sobre el piso de madera.

El asesino limpió la hoja ensangrentada sobre las mismas ropas del cadáver, y luego la introdujo en el mango, atornillando la empuñadura y dejando el bastón tal como antes aparecía: como un inofensivo instrumento que apenas podía causar daño a nadie.

Las gotitas de sudor se habían hecho más intensas en su frente, pero en sus ojos brillaba una decisión fanática, un fulgor fiero que

parecían no haber tenido nunca.

Otra vez volvió a apoyar el bastón en el suelo para poder utilizar su pierna izquierda.

Le quedaba por hacer una cosa difícil, que era ocultar el cadáver. Pero no se inmutó. Flexionando su brazo derecho y haciendo gala de una fuerza hercúlea, logró arrastrar el cuerpo inerte a lo largo del pasillo, hasta llegar a la puerta que daba al desván. El cadáver no produjo más que un suave roce al ser deslizado por las tablas del suelo, mientras que la sangre salía por la herida en forma de pequeñas bocanadas que sin embargo no llegaban a manchar el pavimento.

Luego entró en la habitación y cerró suavemente la puerta.

Todo empezó con aquella pared que sonaba a hueco.

Stanley había bebido un poco de *whisky* la noche anterior y no tenía la cabeza clara. Había empezado a beber cuando tuvo que ir a la «Morgue» a identificar los cadáveres. La labor fue laboriosa y el forense le hizo reparar en una serie de detalles de estos que revuelven el estómago al revés. A consecuencia de ello, Stanley, en un momento de descanso, salió a comprarse una botella de *whisky* y empezó a beber.

Ahora, sin haber dormido, su cabeza parecía vacilarle sobre los hombros.

Pero aquella pared sonaba a hueco, no había duda.

Llamó a su compañero.

—Eh, Jim...

Jim era un poco más veterano que él. Se acercó después de revolver todos los cajones de una cómoda.

—¿Qué hay?

—Golpea suavemente esta pared.

Jim lo hizo. Sus facciones no se alteraron.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿No crees que está hueca?

—A mí no me lo parece. Déjame probar otra vez.

Golpeó de nuevo, ahora más quedamente y empleando la culata de su revólver. Luego miró a su compañero.

—En efecto, puede que aquí detrás haya un hueco, pero no estoy seguro, llamaremos al viejo.

«El viejo» sólo tenía treinta y cinco años, pero a ellos, que sólo

contaban veintitrés, les parecía tan veterano como un jubilado. Le llamaron y se acercó empleando los nudillos y golpeando atentamente varias veces, durante cinco o seis minutos.

—En efecto, yo diría que está hueco. Para salir de dudas tendríamos que abrir un boquete en esta pared, pero el juez no nos daría licencia.

—A duras penas nos autorizó al registro —dijo Jim—. Mucho menos permitiría que derribemos media casa.

—Si esperamos a conseguir el permiso, ese perro saldrá del país y se nos escapará de entre las manos —dijo Thomas, «el viejo», que era el jefe del grupo—. Yo me arriesgaría.

—Yo también —dijo Stan.

Thomas le miró con atención.

—O no has dormido o has bebido demasiado. Tienes las pupilas completamente rojas.

—Han sido las dos cosas, jefe.

—Está bien, telefona y pide que envíen dos hombres con material. Vamos a jugárnoslo todo a una carta.

Stan telefoneó solicitando a la brigada dos hombres con el material necesario para abrir un gran boquete a la pared. Para telefonar tuvo que ir al despacho de la casa, una gran pieza amueblada al estilo funcional en la que continuamente entraban y salían los agentes, completando el registro.

Los dos hombres de la Brigada llegaron media hora después.

Se pusieron inmediatamente a trabajar y abrieron en la pared un pequeño boquete. No hizo falta más. Inmediatamente se descubrió que allí había un hueco, y dentro de éste se encontró el cuerpo descompuesto de una mujer muerta dos meses antes.

Pero esto sólo fue el principio.

También fue a Stan a quien se le ocurrió que convendría dragar el pequeño lago que había dentro de la casa, en el jardín.

La verdad era que a nadie se le había ocurrido aquello, porque el lago era pequeño, sus aguas resultaban muy claras, y desde la superficie se veía perfectamente el fondo.

Pero Stan, a causa de su propia somnolencia, tenía esta mañana una extraña lucidez, tenía esta especie de facilidad en el pensamiento que tenemos durante los sueños, cuando todo nos parece al alcance de nuestra mente.

—Si yo fuera el jefe haría dragar esto —dijo a Thomas.

—¿Por qué? Se ve el fondo.

—Pero en el fondo hay una inmensa cantidad de barro. ¿Quién sabe lo que se puede ocultar un poco más abajo?

—El lago no puede ser mucho más profundo. Pongamos cuatro o cinco pulgadas a lo sumo.

—Yo creo que el barro es más espeso. ¿Por qué no probamos?

Al «viejo» no le importaban ya los permisos judiciales. Había descubierto lo bastante para no temer a nadie, de modo que inmediatamente solicitó una máquina para dragar el lago.

Los nuevos operarios llegaron al mediodía y se pusieron a trabajar inmediatamente, dragando con una moderna máquina todo el barro que había en el fondo. Thomas se asombró de que pudiera haber allí tanto, puesto que a medianoche el trabajo no estaba concluido aún. Stan y los otros agentes jóvenes no se separaron de él ni un solo instante.

—Tanto fango no puede ser una cosa natural en un lago tan pequeño como ése —musitó Thomas—. No sé qué pensar.

—Yo sí —dijo Stan—. Sencillamente, creo que alguien se ha entretenido en diversas ocasiones lanzando tierra al fondo. Tierra sacada de cualquier lugar del jardín y transportada hasta aquí con una pequeña carretilla. Con un largo palo, al cual se hubiera atado un madero lateral en forma de rastrillo, sería luego tarea fácil distribuir la tierra por el fondo. Y creo que si alguien hizo eso fue para que no encontráramos nunca lo que vamos a sacar ahora.

En efecto, lo encontraron.

El hallazgo tuvo lugar una hora más tarde, bajo la luz blanca y espectral de los focos dispuestos en torno al lago. Era un cuerpo humano envuelto en barro y que apenas tenía ya forma. Cuando Stan tuvo que acercarse a aquel cuerpo y examinarlo, lamentó no llevar encima más *whisky*.

Era el cadáver de otra mujer.

Pero esto, según comprobó más tarde Stan —mucho más tarde —, era solamente el principio de la aventura.

CAPÍTULO II

La situación no era nueva.

Muchos otros hombres, en distantes lugares del mundo, habían hablado de aquello mismo mientras fumaban pensativamente sus pipas o contemplaban el crepitar de los leños en las chimeneas de sus salones. Quizá eran muchos los hombres que habían pensado en eso mismo en tanto vagaban solos a través de la noche, o mientras veían las gotas de lluvia resbalar por los cristales de sus ventanas. No, la situación no era nueva, pero Archibald y Johnny tenían la sensación de que eran los primeros hombres del mundo que hablaban de aquel tema.

A cualquiera le hubiese sucedido lo mismo.

Todos hablamos de la muerte, de la muerte *de los otros*, y ese tema de conversación es ya inmensamente vulgar. Pero cuando hablamos de *nuestra* muerte nos parece como si fuéramos los primeros hombres del mundo en descubrir que la vida ha de terminar un día.

Johnny y Archibald llevaban ya media hora hablando de eso.

Les parecía como si una sensación de misterio, de absoluta e irreal soledad, penetrara en ellos poco a poco.

Fuera retumbaban los truenos y se veía a través de las ventanas el lívido resplandor de los relámpagos. Las gruesas gotas de lluvia resbalaban por los cristales. No se podía concebir escenario mejor para un tema de conversación relacionado con la muerte.

Ambos fumaban sus pipas, cargadas con buen tabaco irlandés que dejaba en la inmensa sala un suave perfume a madera vieja.

Las butacas de cuero rojo estaban situadas cerca de la chimenea encendida. Ninguna otra luz llegaba hasta ellos; sólo la de las llamas. La soledad en torno suyo, en el inmenso caserón situado cerca del Hudson, en el Estado de Nueva Jersey, era absoluta.

Johnny murmuró, dando una lenta chupada a su pipa:

—Los dos somos jóvenes y vigorosos; yo tengo veintisiete años, y tú veintinueve. No comprendo por qué razón estamos ahora hablando de la muerte.

—Porque la muerte ha de llegar un día.

—Pero en nuestro caso, muy tarde...

—¿Qué importa la duración del plazo, cuando éste ha de tener indiscutiblemente un fin?

Archibald, que era el último que había hablado, dio también una larga chupada a su pipa.

Un rayo iluminó la estancia con su luz espectral.

Luego, el trueno hizo temblar los cristales, sobre los que el agua trazaba una auténtica cortina.

Los dos hombres se estremecieron, dominados por una misma sensación de agobio.

—Además, no hablamos propiamente de la muerte —siguió diciendo Archibald—, sino de algo más inquietante aún, puesto que nos es mucho menos conocido. Del Más Allá...

—Nadie sabe lo que hay en el Más Allá —dijo lentamente Johnny—. Nadie ha vuelto.

—Cierto, y por eso los hombres se lo han preguntado desde el principio de la Humanidad. Por eso las religiones nos dan una respuesta, pero hasta ahora, la ciencia no ha podido decir una sola palabra. Lo que parece cierto es que algo existe más allá de nuestra muerte.

—Todas las religiones están de acuerdo en eso; lo otro sería una espantosa negación —dijo Johnny.

Archibald lanzó una breve carcajada.

El resplandor de las llamas se había ido extinguendo. Lo que les rodeaba ahora era una penumbra llena de reflejos y en la que apenas llegaban a distinguirse a sí mismos. La tormenta, cada vez más lejana, descendía siguiendo la corriente del río Hudson.

—Es que incluso los que no son religiosos creen en eso —musitó—. Fíjate en los espiritistas, en los que convocan a las almas de los que se fueron. Hay hechos extrañamente innegables, que incluso las propias religiones reconocen como ciertos. Parece como si el fluido misterioso de los que se fueron pudiera intervenir en este mundo.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Objetos que se mueven, presentimientos que se cumplen,

visiones de pesadilla... Todo esto ha llegado a ser cierto en las vidas de muchos hombres y mujeres. Yo mismo vi convocar en una reunión secreta al espíritu de un hombre que había muerto años antes, y que siempre, durante toda su vida, se expresó en francés. Uno de los asistentes era un conocido mío, un auténtico analfabeto que jamás había salido de esta tierra ni había ido apenas a la escuela. Yo lo conocía porque se dedicaba a cortar la hierba en el campo de golf del cual yo era socio. Pues bien, el espíritu se encarnó en ese hombre, y todos le oímos hablar un francés perfecto, un francés mucho más elegante que el mío, a pesar de que yo he vivido varios años en París. Luego, ese hombre murió de un ataque al corazón. Algo ocurrió en él que fue más fuerte que sus nervios; algo que no pudo resistir.

Apoyó su mano en uno de los brazos de la butaca, dejando que el tabaco de la cazoleta se consumiese lentamente.

—Hay cosas inexplicables —añadió con suavidad.

Los dos hombres quedaron en silencio.

Ya el rumor de la tormenta era como una cosa lejana que se iba perdiendo poco a poco en el mar.

El resplandor de las llamas era cada vez más débil. Había momentos en que estaban a oscuras casi por completo.

Por fin, Archibald, a quien pertenecía el caserón en que se encontraban, se puso en pie y trajo un nuevo tronco. Lo añadió a la hoguera y lo centró bien con el atizador. Pronto unas suaves llamas dieron nuevo color a la escena.

De pronto alzó la cabeza.

Sus ojos brillaban extrañamente.

—¿Quién de los dos morirá primero, Johnny?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque alguna vez tiene que suceder.

—Diablos, aún somos muy jóvenes...

—La juventud no garantiza nada. Mira, aunque yo no me dedico a los Seguros, me he preocupado de revisar estadísticas y gráficos de defunciones, y soy de los que creen que la gente se muere ahora más joven que antes. Si anulas las grandes pestes que asolaban enormes zonas de nuestro planeta, y si eliminas la mortalidad infantil, que hacía disminuir en gran manera el promedio de vida, encontrarás que ahora vivimos menos. La mayor parte de los

hombres norteamericanos y europeos que viven en las ciudades, mueren entre los cincuenta y cinco y los sesenta y cinco años de edad. El cáncer y las enfermedades cardíacas realizan verdaderos estragos entre esas dos edades. ¿Y los accidentes de circulación y las catástrofes aéreas? Sólo esas dos plagas causan tantos estragos como las antiguas pestes de la Edad Media. Por lo tanto, Johnny, hemos de convenir en que nuestra joven edad no es suficiente garantía contra el peligro de muerte. Por eso yo he preguntado: ¿cuál de los dos acabará primero?

—Diantre, es que preguntado de ese modo...

—No tiene importancia. Es como el que habla del tiempo o de otro fenómeno natural. Respóndeme, por favor.

—Pues..., puede ser cualquiera de los dos.

—En ese caso hagamos un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Supongo que tienes curiosidad por saber lo que ocurre en el otro mundo.

—Bueno, pues... Claro.

Los dos hombres habían dejado de fumar su pipa y se miraban fijamente. Las llamas en la chimenea se avivaban nuevamente. La tempestad parecía retornar, ahora con redoblada fuerza.

—Supongamos también que los espíritus del Más Allá pueden comunicarse de algún modo con nosotros.

—Eso es... sólo una hipótesis.

—¿Y si resulta cierta?

—Bueno, admitámoslo.

—En ese caso, el que antes muera debe comunicarse con el otro. Johnny se echó a reír.

Su risa era juvenil, fresca, y por un momento rompió la extraña e insoportable tensión que se había formado entre los dos.

—Archibald, te has puesto muy dramático...

De pronto fue cesando de reír.

Su risa se fue transformando en algo suave, inaudible, hasta convertirse en una especie de cómico gorjeo.

Se dio cuenta de que Archibald no bromeaba.

Una expresión triste, casi patética, había ido deformando su rostro poco a poco.

Archibald estaba asustado.

Se notaba en sus ojos casi febriles que aquel pensamiento había turbado sus noches, que aquella obsesión del Más Allá no le dejaba prácticamente vivir.

Johnny se dio cuenta de eso con tanta claridad, como si su propio amigo se lo estuviese contando.

—¿Por qué? —balbució—. ¿Por qué...?

—Hace años maté a una mujer —declaró inesperadamente Archibald.

—¿Qué..., qué dices?

Johnny había tragado saliva. Ésta tenía sabor a tabaco y le dejó una sensación desagradable en la garganta. Se fue echando hacia atrás poco a poco.

—No temas, no fue un asesinato —murmuró Archibald—. Un simple accidente. Yo conducía mí «Jaguar» de importación por la autopista de Washington, cuando aquella muchacha, que iba en una simple motocicleta, sufrió un despiste y fue a resbalar al centro de la carretera. No frené a tiempo.

—¿Cómo es posible? Tú eres un fantástico conductor. Frenarías en un palmo yendo a noventa millas por hora.

—Es que en aquella ocasión iba distraído.

—¿Por qué?

—Las piernas de la chica.

—¿Qué... dices?

—Bueno... Está claro, ¿no? ¡Las piernas de la chica! —Gruñó Archibald, como si los recuerdos le molestasen—. Ella usaba falda, y esa falda se arremolinaba en torno a sus muslos. Yo miraba eso y sólo eso; estaba como obsesionado. Cuando la moto patinó, ni siquiera me di cuenta. Frené al sentir que le había destrozado la cabeza.

Johnny susurró:

—Dios mío...

El siempre había tenido miedo de que aquello pudiera sucederle a él, de que en una carretera pudiese matar a un ser inocente.

De pronto intentó animar a su amigo.

—Bueno, ignoraba que te hubiera ocurrido eso, y hasta lamento que no me lo hayas contado antes, pero una cosa así le puede suceder a cualquiera. Hay miles de accidentes al año en nuestro país. Tú mismo lo has dicho. Son como una plaga.

—Es que conmigo ocurrió algo peor. Yo no presté asistencia a aquella chica. No, no le presté asistencia..., ¡y en cambio pude hacerlo! Te he dicho que le destrocé la cabeza, pero eso no es exacto. Cuando yo dejé a la chica, ésta aún vivía. Pude haberla llevado a cualquier sitio, haberla salvado tal vez... En cambio, no lo hice.

Johnny estaba asombrado.

—Pero... ¿Por qué? —balbució.

—No sé... Me asusté... Iba con exceso de velocidad, eso es cierto, y además conducía distraído. El caso era que no me veía nadie y continué viaje. Hice arreglar en otro Estado los destrozos de la carrocería. No llegaron a descubrir que el causante de aquella muerte había sido yo.

Las facciones de Johnny se envararon.

—Archibald..., ¿por qué me cuentas esto?

—Porque luego he visto varias veces a aquella chica.

Johnny cerró un momento los ojos.

Por eso no llegó a ver el relámpago que llenó la habitación de una luz tétrica, aunque sí oyó el trueno que pareció repercutir cien veces dentro de su cráneo.

—Archibald, tú estás loco.

—¿Por qué voy a estarlo, diablos? ¿He hecho alguna cosa anormal en los últimos tiempos? ¿No he llevado mis negocios correctamente? ¡Estoy perfectamente bien, y sin embargo, veo a esa chica! ¡La he visto casi media docena de veces!

—Entonces sólo hay una explicación, Archibald. La muchacha no murió.

—¡Claro que murió! Yo mismo vi las fotos en los periódicos. Me enteré de que buscaban al autor del atropello.

—¿Y por eso supones que... que ella te busca desde la otra vida?

—No es eso. Sólo ocurre que me he preocupado de algo que antes jamás me inquietó: de lo que hay más allá de las fronteras de nuestra piel. De lo que hay en el otro mundo.

—¿Y pretendes que el que antes muera de los dos se lo diga al otro? Eso es una tontería. Además, se trata de un pacto que algunos amigos han hecho otras veces. Lo he oído comentar.

—¿Y qué? Ya sé que la idea no es original mía, pero no por eso me parece menos importante. Yo no presumo de originalidad. Lo

único que quiero es que nos prometamos mutuamente que el primero que muera se pondrá en comunicación con el otro.

—¿De qué modo?

A Johnny todo aquello había empezado pareciéndole absurdo, pero poco a poco, las palabras de su amigo tomaban para él unos extraños visos de realidad.

La luz irreal que llenaba la habitación, los ruidos de la tempestad, todo contribuía a crear en él aquel clima de cosa que nunca había sucedido a nadie, pero que podía ocurrirle a él.

Como en los sueños.

Como en esos momentos en que nos trasladamos de mundo sin darnos cuenta de que seguimos pegados a la tierra.

—No sé de qué modo —susurró Archibald—. ¿Acaso conocemos qué medios de comunicación serán entonces los nuestros? Pero eso no importa. Nos comunicaremos del modo que nos sea posible.

—¿Y con qué objeto?

—¿Cómo es posible que preguntes eso? ¡La comunicación entre los dos puede hacernos falta por mil razones distintas! Para advertimos de un peligro, para orientarnos en el camino de la vida, para descubrir los misterios que nos rodean... Todo lo que uno considere necesario o útil para el otro, debe comunicárselo.

Apretó los labios, como si fuera a tomar una grave decisión, y dijo con voz ronca:

—Yo te lo prometo.

—De... de acuerdo.

—Ahora promételo tú.

—Archibald... Ya sabes que yo todo me lo tomo en serio. ¿Es necesario que hagamos esto?

—¿Hay algo de malo en ello?

—No, pero...

—Promételo. Promételo como yo he hecho.

Johnny susurró:

—Cuenta con ello. El primero que muera.

En aquel momento, el trueno retumbó sobre el tejado mismo de la casa. Johnny, por un momento, creyó estar viviendo una película de pesadilla.

Pero fue eso precisamente lo que le hizo reaccionar. Lo que le hizo darse cuenta del extraño absurdo a que habían llegado los dos,

al ponerse a hablar de la muerte.

Lanzó una ronca carcajada y estuvo riendo largo rato, mientras sobre la casa se perseguían unos a otros los relámpagos.

CAPÍTULO III

Johnny se sumió en su rutinaria labor cuando terminó aquel fin de semana que él había pasado en casa de su amigo Archibald, en el Estado de Nueva Jersey.

Pese a ser una labor de creación la suya, pues Johnny era arquitecto, en estos momentos estaba ocupado en un trabajo absolutamente monótono, pesado y carente de atractivos. En su calidad de arquitecto ayudante, calculaba resistencias y más resistencias de materiales, y trazaba curvas de nivel y más curvas de nivel para la edificación de un gran hotel que había de alzarse sobre las rocas, en uno de los más hermosos parajes del lejano Puerto Rico.

Johnny, mientras hacía cálculos, pensaba en el paisaje de palmeras que nunca había conocido, en las chicas en bikini, en las mulatas de andares cadenciosos y en las botellas de ron que uno podía beberse tranquilamente mientras alargaba la hora de la siesta.

En todo menos en la muerte. En todo menos en aquella maldita conversación que había tenido con Archibald en su caserón de Nueva Jersey, una noche de lluvia.

A veces, sin embargo, durante las largas horas de oscuridad de aquel otoño, se preguntaba cuál de los dos moriría primero. Y se preguntaba también si sería posible que alguno de ellos se pusiera en contacto con el otro.

Entonces sentía que se mareaba, y más de una noche pensó pedir unas breves vacaciones para alejarse de aquella atmósfera gris de Nueva York, que le obsesionaba, y montar un pequeño tinglado dentro de la oficina para que le enviaran a Puerto Rico a revisar las obras. Y a ver las mulatas de andares cadenciosos, las palmeras, los bikinis y todo lo demás.

Pero, por lo visto, era muy necesario en Nueva York. Nadie quería moverlo de allí.

Hasta que tres meses más tarde, cuando acababa de empezar el invierno, sucedió aquello.

Murió la única hermana de Archibald.

CAPÍTULO IV

Johnny nunca olvidaría aquella Navidad, cuando una densa nevada cayó sobre Nueva York y fue enterrada la hermana de Archibald.

Los funerales se celebraban en San Patricio, como correspondía a la posición social de los Archibald, que además solían frecuentar aquella iglesia porque pertenecía a la religión católica. Dentro, el clima era agradable, pero en el exterior, uno se encogía ante el viento helado que soplabá por la Quinta Avenida, un viento que empezaba a aullar en Harlem y moría blandamente en Washington Square. Las gentes caminaban aprisa, disponiéndose a hacer sus últimas compras antes de la Navidad que ya estaba encima. El cadáver de Greta parecía también haberse helado dentro de su ataúd de caoba y de zinc.

Johnny la había visto antes en el depósito de cadáveres, cuando le hicieron la autopsia.

Nunca olvidaría aquel cuerpo roto, aquel rostro exangüe de una mujer que él admiró mil veces a causa de su belleza. No olvidaría tampoco los cantos de funeral que acompañaron a Greta en su último viaje.

El hotel que se construía en Puerto Rico, las palmeras y demás, parecían haber quedado muy lejos. Johnny tenía la sensación de que todo estaba envuelto en niebla y en muerte, en muerte y en niebla. Hasta una chica con bikini bañándose en las cálidas y doradas aguas de San Juan le habría parecido una difunta.

Archibald iba rigurosamente vestido de negro. No tenía más familiares que aquella hermana, que Greta. Sus ojos perdidos en la lejanía parecían buscar algún extraño rincón del Más Allá.

Johnny también parecía derrotado.

Tenía los hombros hundidos, los ojos sin brillo y la expresión sin vida. Todo aquello le había traído de nuevo la presencia de la

muerte y el recuerdo de su última conversación con Archibald. Le parecía como si de un momento al otro hubiera de empezar a recibir mensajes del otro mundo.

Sin embargo, la vida continuaba. El arquitecto jefe se encargó de recordárselo.

—... Y ese condenado proyecto, para ese maldito hotel, para que a él vaya la repugnante gente ricachona, tiene que estar concluido antes de una semana. Sólo me faltan los datos técnicos que ha de suministrarme usted, Johnny. Quédese por las noches si quiere, pero no es posible que esto se dilate más.

Y Johnny tuvo que quedarse aquella noche.

Los números bailaban ante sus ojos mientras hacía operaciones y más operaciones con su regla de cálculo. Se encontraba débil y empezaba a sentir frío en la solitaria oficina. Su secretaria, al irse dos horas antes, le había dejado café, pero el negro brebaje estaba también frío. No podía concebirse nada más hostil, más antipático, que aquella oficina con las mesas llenas de enormes planos a medio terminar.

Fuera, seguía nevando.

A través de los cristales se veía el fluir de las bolas blancas que a aquellas horas debían llenar ya por entero las calles, haciendo imposible la circulación.

¿Y si en aquel momento recibiese un mensaje del Más Allá? ¿Y si lo que había hablado con Archibald empezase a suceder ahora?

No podía alejar el recuerdo de Greta, a la que creía ver con su cuerpo desnudo en la mesa de la Morgue. Con su cuerpo desnudo y sus ojos entreabiertos, que a pesar de todo *parecían mirar*.

Pero era absurdo.

Todo aquello no tenía sentido, y además, él había hecho un trato con Archibald, no con su hermana. En todo caso, las situaciones macabras empezarían a producirse cuando Archibald muriese, no antes.

Johnny bebió un sorbo de café, encendió un nuevo cigarrillo y terminó el último cálculo de toda una fase.

Luego fue a buscar unos planos complementarios en el inmenso armario que les servía de archivador provisional.

Aquel armario era muy pesado, y su equilibrio resultaba inestable después de desmontársele tiempo atrás la mitad de una

pata. Cualquier día iba a caerse, aplastando a alguien. Siempre lo decía, pero nadie se ocupaba de encargarse del arreglo, porque todo el mundo tenía demasiado trabajo.

Y aquella noche el armario cayó.

Un fuerte golpe dado en la escalera del edificio, al otro lado de la pared, hizo vacilar el enorme mueble, que terminó crujiendo y oscilando sobre Johnny. Éste comprendió que iba a ser aplastado. La absurda idea de que él iba a morir en seguida, de que iba a morir incluso antes que Archibald, le dejó paralizado y como lleno de un silencioso horror en aquel terrible momento.

No supo retirarse a tiempo.

Y el armario hubiera terminado por aplastarle de no haber surgido en ese momento aquel brazo que lo detuvo.

Johnny volvió la cabeza, atónito.

En aquel instante, aquello le pareció como una visión sobrenatural, de ultratumba.

Y sin embargo, nada más natural, más real y más corpóreo que aquel sólido y atlético individuo que sostenía el armario sin esfuerzo aparente, sólo con un brazo.

El desconocido movió el otro brazo al cabo de unos segundos, puso el armario bien, completamente pegado a la pared, y luego, en silencio, buscó unos gruesos papeles y falcó con ellos la pata que estaba medio desmontada. El armario quedó en posición mucho más sólida que antes.

—Parece mentira que tengan esto así en una oficina tan moderna —dijo luego, con la mayor tranquilidad.

—Es que..., bueno, aquí hay mucho trabajo..., y nadie se preocupa de los detalles —balbució Johnny—. Pero ¿quién es usted?

—Todo a su tiempo.

El desconocido, que era joven, pues aparentaba unos treinta años, parecía haber sido sacado de un *ring*. Tenía los cuadrados, el pecho amplio, los brazos musculosos y las manos de «catcher». Se adivinaba en él al hombre capaz de triturar a un prójimo por menos de lo que vale una ficha para el teléfono, pero al mismo tiempo, su frente era despejada, su expresión parecía noble, y sus ojos brillaban inteligentes.

Se sentó ante una de las mesas inclinadas donde trabajaban los

proyectistas y dijo:

—Sargento Caniff, de la Brigada de Homicidios. ¿Le sorprende?

A Johnny se le había caído el cigarrillo de entre los labios. No se preocupó de recogerlo.

—Hay una montaña de cosas que me sorprenden de usted.

—A ver, dígalas.

—La primera es no saber por dónde ha entrado.

—Una ganzúa. Procedimiento sencillo y al alcance de cualquier ladrón. ¿Le convence?

—A... a ver, enséñeme su documentación.

Caniff lo hizo. Era una documentación correcta, en regla, sólida como una montaña.

—No se fiaba, ¿eh?

—Reconozca que su conducta es muy extraña. ¿Por qué ha entrado aquí de ese modo?

—Quería hablar con usted a solas, Johnny.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De su amigo Archibald.

Johnny se sobresaltó, no supo bien por qué.

—¿Archibald? ¿Es que tienen algo contra él?

—No lo sabemos aún. ¿A qué se dedica?

—Diantre, no me diga que no lo saben... La policía está enterada de todo lo que le conviene. Archibald es de familia rica, tiene fortuna personal y hace seguros. Ya sabe lo que ocurre con eso. Las personas ricas se hacen los seguros entre ellas mismas. Usted sea socio de un elegante y exclusivo club de golf, disponga de dinero y conseguirá pólizas de seguros, como quien no quiere la cosa, de todos los ricachones fabricantes que se hacen dar el masaje en la tripa en el club a la misma hora que usted. Vaya en cambio con el traje un poco gastado a ver a esos mismos tipos en sus despachos, y lo harán arrojar a puntapiés por el conserje. Bueno, pues Archibald es un asegurador de los de la primera clase. Tiene una excelente cartera, y cuanto menos trabaja, más dinero gana.

—Comprendo. Por supuesto, ya sabíamos eso.

—Entonces, ¿por qué lo pregunta? ¿Es que Archibald ha cometido algún delito?

—No estamos seguros.

Johnny fue a reír. La policía era estúpida. ¿De qué podían acusar

a un hombre honrado como Archibald? ¿Qué diablos era lo que estaban buscando allí?

Y de pronto se quedó helado.

¡La chica! ¡La chica de la moto!

¡Claro!

El mismo le había confesado que Ja dejó abandonada, y que luego la chica murió. Habían transcurrido seguramente un par de años, pero ahora la policía había husmeado la pista. Y aquel cachorro de perro fisgón estaba allí por eso, para sacarle todo lo que supiese.

¡Pero él no diría nada! ¡No diría nada, después de que Archibald tuvo la sinceridad de confesarse con él!

Sin embargo, tuvo en seguida la segunda sorpresa de aquella extraña noche.

Los tiros de la policía no iban por allí.

Caniff dijo:

—Mire, voy a serle sincero. Sospechamos que Archibald mató a su hermana. A su deliciosa hermana Greta.

Johnny quedó sin respiración.

En un momento, como en esos fundidos de las películas, desapareció de su cerebro la imagen de la motorista muerta, a quien no conocía, y apareció la de Greta, a la que conocía muy bien.

Greta y él habían tenido relaciones largas e íntimas hasta cosa de un año antes. Eso, Archibald lo ignoraba. Eso lo ignoraba todo el mundo, excepto él, porque ahora, ni la misma Greta lo sabía.

Para él, para Johnny, había sido una mujer deliciosa, delicada, extraordinariamente fácil.

Siempre recordaría que con ella habían bastado dos palabras.

Pero, infiernos, ya hacía tiempo de eso.

El policía, aquel atleta con ojos inteligentes, le estaba mirando.

—¿Sorprendido? —pregunto.

—¿Cómo puedo creer en eso? Sólo sé que Greta murió en accidente de automóvil. Un coche la atropelló.

—La atropelló en circunstancias absurdas. Sospechamos que lo hizo Archibald.

—Absurdo...

—¿Por qué? ¿Por qué dice usted que es absurdo, mi joven amigo?

Aquel tipo, aquel gorila humano llamado Caniff, le trataba de «joven amigo» a pesar de tener la misma edad que él. Y lo peor era que daba una sensación de seguridad de las que hielan la sangre.

—Digo que es absurdo porque Archibald no pudo hacer eso. No tenía ningún sentido un crimen de esa clase.

—¿No se repartían entre los dos una herencia muy considerable, procedente de sus padres?

—¿Y qué? ¡Archibald jamás pensó en eso! Tenía todo lo que quería. ¿Para qué necesitaba él más dinero?

—Siempre se necesita *más dinero*, mi joven amigo.

—Nunca me convencerá. Archibald quería a su hermana. Aun en el remoto supuesto que hubiese ambicionado la parte de ella en la herencia, nunca la habría matado para conseguirla.

—¿Usted conoce bien a Archibald?

—Sí, claro que... El es incapaz de...

De pronto, Johnny quedó paralizado.

El iba a decir: «incapaz de cometer un crimen». ¿Pero no había cometido ya uno? ¿No era Archibald un hombre perseguido por la Ley, aunque la propia Ley lo ignorase? ¿Hasta qué extremos secretos puede llegar un hombre que todo el mundo considera intachable?

El policía le seguía mirando. Ahora palpitaba en sus ojos como una chispita burlona.

—¿Qué? ¿Vacilando?

—No necesito darle mi opinión —dijo roncamente Johnny.

Caniff le ofreció cigarrillos.

—¿Hace?

—Puede guardárselos. Lo único que quiero es saber a qué ha venido a esta oficina.

Caniff dijo tranquilamente:

—Quiero pedirle que colabore con la policía.

Ahora sí que Johnny necesitó un cigarrillo. Colaborar con la policía para acorralar a Archibald... ¿Había oído alguna vez absurdo más grande que ése? Sus manos temblaron mientras prendía fuego a la punta. Caniff le seguía mirando.

—¿Colaborar con la policía? ¿Para qué? —preguntó débilmente Johnny.

—Desde luego, puede negarse.

—Yo no sé si me voy a negar o no. Pregunto que para qué.

—Queremos saber si efectivamente mató a su hermana. Necesitamos un confidente, alguien con quien Archibald acostumbre a soltarse la lengua. Usted es el único amigo que le conocemos, y el que puede darnos un día el principio de una pista.

—Los confidentes son asquerosos.

—También lo son los asesinos.

—¡Esto no tiene objeto, Caniff! —Johnny se puso nervioso—. ¡Usted no sabe de qué habla!

—Claro que sé de qué hablo, mi joven amigo. Usted tuvo relaciones íntimas con Greta, con la muerta.

Otra vez Johnny quedó paralizado. Aquel tipo lo llevaba de tumbo en tumbo, de sorpresa en sorpresa. ¡Y encima lo miraba con una expresión lejanamente aburrida, como si se estuviese burlando de él!

—¿Cómo lo sabe? —farfulló.

—Verá, uno se mueve, oye cosas...

—¿Qué clase de policía es usted?

—Ya lo ha visto.

Caniff dio una chupada a su cigarrillo, y con los ojos entrecerrados musitó:

—Querrá vengarla, ¿no es cierto?

—Si supiera que su hermano es el asesino, le juro que...

—Pruebe. ¿Y si lo fuera?

—Me revienta este papel. No tiene sentido.

—Tampoco tiene objeto que Greta, la dulce Greta, permanezca en la tumba, mientras su asesino brinda por su salud y se pega la gran vidorra con el dinero que ella ha dejado.

—En resumen, ¿qué pretende de mí?

—Primero, que guarde un absoluto silencio acerca de esta conversación. El no hacerlo podría perjudicarlo.

—Guardaré silencio. Es más, no sabría con qué palabras contar a Archibald esta conversación absurda.

—Segundo, que nos explique lo que Archibald hace y dice. Lo más insignificante, lo más nimio, puede ser importantísimo. Le prometo, desde luego, que si tenemos razón, no será usted nunca empleado como testigo de cargo. No llegaremos tan abajo.

Se puso en pie y lanzó el cigarrillo, por encima de las mesas, a

un lejano cenicero. Hizo diana.

—Yo vendré a verle una vez cada siete días —dijo—. No pregunte hora y lugar, porque siempre serán distintos.

Saludó antes de llegar a la puerta.

—No olvide. Me llamo Caniff, de la Brigada de Homicidios. Me encontrará cualquier día allí si quiere hablarme con urgencia. Todos los días de la semana menos uno. Me emborracho los viernes.

Y salió.

CAPÍTULO V

La nieve había caído con inusitada intensidad, pero Nueva York es una ciudad organizada. Las brigadas ya habían dejado más o menos expeditas las calzadas, y aunque con dificultades, se podía circular.

Johnny, con las solapas del abrigo subidas hasta las orejas, fue hasta el aparcamiento a recoger su coche. El aparcamiento, como todos los de Manhattan no era más que un solar vacío, cuyo dueño, en lugar de edificarlo, había preferido explotarlo guardando por horas últimos modelos. Johnny pagó los dos dólares que debía por casi toda la jornada, montó en su gran «Oldsmobile» negro y salió.

La cabeza le hervía.

Aún le parecía estar oyendo las últimas palabras de Caniff. Aún creía oír la casi concreta acusación que había hecho contra su amigo Archibald. Y su proposición para que lo vigilase.

¿Con qué derecho?...

Johnny se mordió el labio inferior. Con el derecho de suponer que Greta debía ser vengada. Ésa era la única arma moral que esgrimía Caniff, y ante ella Johnny se sentía indefenso.

Rodó a poca velocidad por la Décima Avenida, a la altura de la calle Cuarenta y Nueve, hacia la famosa calle Cuarenta y Dos. Casas bajas, casi miserables, se extendían a ambos lados. Todavía había algunas tiendecillas abiertas, y la gente compraba. Los escasos letreros en español desaparecieron a la altura de la calle Cuarenta y Dos, que era un torrente de luz. A pesar de la nieve, había en las esquinas más gente extraña —homosexuales y prostitutas— que en cualquier otra noche del año.

Johnny redujo la velocidad, porque el tráfico iba haciéndose más y más denso.

Y de pronto sus ojos se dilataron. Sus manos temblaron sobre el volante, y gracias a la escasa velocidad aquel gesto no repercutió de

manera sensible en la marcha del automóvil.

Porque la había visto.

A ella, a la chica de la motocicleta.

CAPÍTULO VI

Johnny debía reconocer que lo único que había mirado hasta el momento eran sus magníficas piernas. Debía confesarse a sí mismo que eran lo único que le había interesado cuando echó la vista encima a aquella extraña maravilla rodante.

Porque no resultaba nada normal ver a una chica avanzando en moto a la altura de la calle Cuarenta y Dos, y menos en una noche de nieve. Las motos, en Nueva York, son usadas casi exclusivamente por los melenudos de Greenwich Village, que prefieren los modelos de gran potencia y apenas salen con ellos de los límites de su barrio. Resulta sorprendente, por ejemplo, ver una «Harley-Davidson» más arriba de Washington Square. Sin embargo aquella chica empleaba una moto de buena potencia, y además no parecía importarle mucho que el viento helado levantara su falda plisada y amplia. Las piernas, enfundadas en medias finas, eran de una categoría como para parar el tráfico en Broadway un sábado a las nueve de la noche.

Los automóviles aminoraban la marcha al pasar cerca de ella, y más de un conductor estuvo a punto de irse contra un escaparate por culpa de aquella condenada exhibición.

Pero Johnny sintió algo más.

Sintió que estaba viendo lo mismo que había visto su amigo Archibald años antes, en una autopista, cuando las piernas de una muchacha que viajaba en moto le hicieron distraerse. ¿Era aquélla la misma mujer que él mató y que luego *aseguraba haber visto*? ¿O se trataba solamente de una maldita casualidad?

Tenía que ser eso.

Johnny pasó la calle Cuarenta y Dos, a poca distancia de aquella moto, y luego ella dobló inesperadamente por la calle Cuarenta y Uno, en dirección a la Doce Avenida. El tráfico la hizo desaparecer rápidamente de su campo visual.

Sin embargo Johnny ya había podido captar muchos de sus detalles. Era una joven elegante, moderna, de aire desenvuelto, que debía tener unos veintitrés años. Sus cabellos eran color castaño y bastante cortos. Su cuerpo esbelto, firme, y de curvas pronunciadas. Todo en la mujer daba sensación de salud perfecta, de equilibrio, y de potencia, sin perder por ello un ápice de su maravillosa femineidad.

Por supuesto, no podía ser una muerta.

¡Al diablo con sus pensamientos! ¡Al diablo con la conversación que Archibald y él tuvieron tres meses antes! ¡Al diablo, sobre todo, con aquel condenado de Caniff, que le había metido una montaña de ideas absurdas en el cerebro!

Entró en un bar que tenía licencia para expender bebidas alcohólicas y pidió un *bourbon* doble.

No había empezado a saborearlo aún cuando notó como si a su lado se produjese una extraña tensión eléctrica, como si un imán poderoso alterara todo el magnetismo de sus células. Hubo algo en él que captó la presencia de aquel hombre a su lado incluso antes de verlo. Volvió la cabeza y se encontró con la sonrisa helada de Caniff, que tenía en la derecha un alto vaso de *whisky*.

Caniff se limitó a decir:

—Ya ve...

—¿Es que me sigue?

—Al contrario. Ha sido usted el que ha entrado aquí. Yo ya bebía tranquilamente.

Y añadió con suavidad:

—Hoy es viernes...

Johnny bebió de un trago un *bourbon*, pagó y salió con la sensación de que le abrasaban la garganta. Pero el aire frío de la calle hizo que el alcohol le produjera una sensación estimulante.

Miró arriba y abajo, se convenció de que aquel extraño tipo no le seguía y fue hacia su coche, que a aquella hora ya podía estacionarse en Manhattan.

Sintió frío en las piernas, en la nuca y en la columna vertebral al ver que aquel tipo, Caniff, ya estaba dentro.

Fumaba negligentemente, y cualquiera hubiese dicho que llevaba allí horas enteras, aguardando.

Johnny aulló:

—¿Cómo ha entrado?

—Muy simple, mi joven amigo, muy simple. Otra ganzúa, pero esta vez más pequeña.

—¿Sabe que puedo denunciarlo? Su calidad de policía no le permite hacer esto. ¡Al contrario!

—Denúncieme si quiere, pero no hay para tanto, mi joven amigo. Yo sólo quiero pedirle un favor. Sólo quiero decirle que usted sabe qué sitios frecuenta su amigo Archibald.

—¡Claro que lo sé!

—Vigílelo.

—¿Con qué derecho me pide que...?

—Ya se lo he dicho. Hay una mujer muerta de por medio. Haga lo que le digo si quiere estar de acuerdo con su conciencia y con la ley. Usted es un ciudadano honrado, Johnny.

—¡Claro que lo soy!

Caniff salió silenciosamente por el otro lado del coche.

—Le felicito. Hay pocos.

Y se alejó tranquilamente.

Johnny sudaba.

Nunca se había encontrado con un tipo como aquél, un tipo tan escurridizo, tan sinuoso y al mismo tiempo dando una sensación tal de fortaleza. Tampoco le habían ordenado nunca que vigilara a su mejor amigo, a Archibald, al único hombre en quién creía poder confiar.

A pesar del frío de la calle, a pesar de que la nieve volvía a caer, Johnny sudaba.

Subió al coche y fue en dirección a Mac Dougal Street, en pleno barrio alegre de Greenwich Village. Dejó estacionado el «Oldsmobile» junto al enrejado de una pequeña zona para béisbol y entró en su estudio, un lugar que nadie conocía.

El estudio consistía en dos piezas llenas de libros y de fotos de edificios que podían ser considerados modélicos para un arquitecto joven. Había también algunas buenas butacas, un diván y un mueble bar, aparte de un moderno tocadiscos.

Allí estaba lo que Johnny consideraba su pequeño mundo secreto, un sitio donde podía oír música, descansar, estar solo y emborracharse discretamente de tarde en tarde, sin que nadie le fastidiase.

Allí estaba su isla desierta dentro del mar de Nueva York, el rincón íntimo donde nadie vendría a importunarle. En otros sitios de la ciudad él podría ser simplemente un número, una máquina, pero aquí era un hombre con personalidad propia.

Aquí hacía tranquilamente parte de lo que le gustaba hacer.

Mediante el uso de un resorte muy bien disimulado hizo girar la mitad de un cuerpo de la librería, dejando ver una puerta, también disimulada por otra librería semejante, que daba al despacho contiguo. En la puerta de éste unas letras ya gastadas decían:

FORDSON
ANTIQUARY

Sólo que Fordson no existía y no iba jamás por aquel despacho. Una mujer de la limpieza lo adecentaba una vez a la semana a cambio de un giro postal que recibía escrupulosamente cada mes. El propietario también recibía su alquiler por el mismo conducto. Johnny era «míster Fordson», pero eso sólo él lo sabía.

Y sin embargo nada más inocente, más sencillo que lo que él hacía allí, lejos de las miradas de todo el mundo.

Johnny modelaba. Modelaba en cera.

Desde niño, desde que tuvo uso de razón, se había dedicado a aquel arte en el que sin embargo no consiguió triunfar. Sus modelos en cera y en barro, presentados en diversas exposiciones, no habían obtenido jamás ni una modesta mención honorífica. Los críticos consideraban sus creaciones como una cosa demasiado clásica, amanerada, carente de impulso creador. Uno le dijo cierta vez a Johnny que carecía de «la llama divina de la inspiración», y otro, menos piadoso, le dijo que no tenía cualidades y que más valía que se dedicara a otra cosa.

Igual pensaba el padre de Johnny, que ahora ya llevaba muerto unos pocos años.

Johnny debía ser arquitecto. Todo lo demás era perder el tiempo. Johnny debía estudiar, estudiar... El modelado en cera se convirtió para él en una tarea secreta, en la que ponía las mayores ilusiones de su vida. Y ahora, años después, cuando le quedaba tiempo y dinero para practicar aquella afición, aún seguía haciéndolo en secreto, sin decirlo a nadie, como si desde las

sombras hubiera de surgir su padre, amenazador, o los críticos que siempre le rechazaron. Los críticos que le dijeron que debía dedicarse a otra cosa.

Johnny se quitó la americana, se recogió las mangas de la camisa y se dispuso a trabajar en el silencio de la habitación. A través de las ventanas cubiertas por espesas cortinas no veía la capa de nieve que se iba desplomando poco a poco sobre la ciudad, y nadie podía verle a él. Johnny estaba en su mejor momento, en su máximo impulso creador, y en la soledad de aquella habitación se sentía absolutamente feliz.

Trabajó durante largas horas.

Mientras en la ajetreada Nueva York, y sobre todo en sus barrios limítrofes, empezaba a celebrarse la Navidad, él permaneció solo, trabajando, mientras una indescifrable sonrisa flotaba en sus labios.

Hubiérase dicho que era una sonrisa rencorosa, y en cierto modo era verdad.

Siempre que se ponía a trabajar, Johnny recordaba sus fracasos en las exposiciones, recordaba a los críticos que incluso se habían burlado de él, y asomaba a sus labios aquella sonrisa torcida.

Era lo único que no había podido perdonar. Todos los demás fracasos de su vida, si es que los hubo, no le habían afectado. Perdonaba a aquellos que no creyeron en él. Pero a los que se burlaron de su obra cuando la presentó en las exposiciones, no los perdonaba. No, a éstos sabía que no podría perdonarlos nunca.

Seguía a Archibald.

Seguía a Archibald silenciosamente, a través de las largas calles desiertas, y no sabía exactamente por qué. Avanzaba como una sombra sin que Archibald lo viese. En aquella extraña y plomiza Navidad, cuando todos estaban en sus casas, en el seno de sus familias, él se dedicaba a seguir a Archibald como si éste no tuviera otra cosa que hacer en el mundo.

Nueva York era como una ciudad vacía.

Las oficinas cerradas, las calles silenciosas, ocasionaban una extraña opresión, que encogía el alma.

Archibald y él parecían los únicos habitantes de aquella ciudad desierta.

De pronto Archibald se volvió.

Sus ojos encontraron los del hombre que le seguía, pero no hizo

ningún gesto, nada que indicase turbación o sorpresa.

Entró en un cine de la calle Cuarenta y Nueve donde exhibían una película pornográfica. Los carteles anunciadores, muy prometedores, decían: «Demasiado para un hombre solo». Y, sí, parecía verdad. A juzgar por lo que había pintado en aquellos cartelones, era demasiado para un hombre solo, e incluso, si apuraban a Johnny, demasiado para cuatro.

El cine estaba a media luz. Johnny se sentó tres butacas detrás de Archibald, observándolo mientras en la pantalla aparecían y desaparecían hermosas mujeres rubias que parecían sentir un loco frenesí en cuanto se veían cerca de un hombre. Johnny, quien frecuentaba muy poco aquella clase de cines, sonreía burlonamente mirando a Archibald.

«... Viejo tunante, viejo solterón que empiezas a estar pasado de moda... Tú lo que necesitas es casarte, en lugar de llenar tu vida con las mujeres que brillan un momento en esa pantalla... Ya sé lo que harás luego. Conozco todos tus vicios, todas tus pequeñas miserias. No eres mal chico, no... Pero toda tu vida es estúpida. Quizá para olvidar la muerte de tu hermana, para olvidar tu soledad, ahora te irás a ver a tu amigueta de la calle Setenta y Dos. La conozco. Llevas fotografías tuyas y alguna vez las has enseñado, aunque quizá ni te acuerdes... Vaya manera de acabar un día de Navidad, pobre Archibald...».

La película era corta. No llegaba a la hora y cuarto. Luego proyectaban otra parecida, pero Archibald no se quedó. En la penumbra de la sala —siempre a media luz, para que no se produjeran extrañas escenas entre un público demasiado animado por lo que ocurría en la pantalla—. Johnny lo vio salir. Fue tras él y tuvo la sensación de que Archibald lo miraba de nuevo, pero nada se reflejó en su rostro.

Archibald fue a pie hasta la Quinta Avenida. Ya era noche cerrada, y el frío resultaba intensísimo. Tomó uno de los autobuses semivacíos que ascienden por la Quinta Avenida hasta las orillas del río Harlem. Johnny tomó un taxi y pidió al conductor que lo siguiese.

Calle Setenta y Dos.

La casa era baja, antigua, y estaba flanqueada por una carnicería exclusiva para judíos y una tienda de ropa usada. No se veía a

nadie, no se escuchaba un sonido. Archibald se deslizó escaleras arriba, como una sombra, sin notar la otra sombra que le seguía paso a paso, huella tras huella.

Su amiguita se alegró de verle. Quizá en aquella alegría influyera el hecho de que Archibald era rico. ¿Quién conoce los motivos de la sonrisa de una mujer? Pero Archibald tampoco se los preguntaba.

Los dos cerraron la puerta silenciosamente. Los dos se besaron. Ella se deslizó al fin de entre sus brazos, mientras él la miraba con la respiración contenida, hirviendo de un extraño deseo.

La mujer fue a la habitación contigua, donde estaban las bebidas, el tocadiscos y todas las pequeñas armas con que ella hacía más agradables sus veladas íntimas.

Archibald fue tras ella.

Desde la puerta susurró la mujer:

—Espera, tonto...

Pero Archibald siguió avanzando hacia la puerta cerrada.

Ahora mucho más lentamente.

Caniff puso el periódico encima de la mesa.

Estaban en un «*self-service*», muy cerca de donde Johnny trabajaba, y era la hora del *lunch*. La mayor parte de los empleados se habían desparramado por las cercanías. Johnny tenía en la derecha una taza de café, y esa taza tembló ostensiblemente cuando vio el rotativo.

Los ojos de Caniff no decían nada, eran como los de un pez. Su boca estaba plegada en una mueca tan dura que parecía imposible que las palabras surgieran de ella.

—No sabíamos que Archibald tuviera esa amiguita —dijo—. Usted no nos informó.

Y puso el dedo sobre la fotografía que aparecía en una de las páginas interiores.

La mujer asesinada. Un golpe de estilete en el corazón, aplicado con mano maestra. Poca sangre, poca ropa y mucha anatomía de «*vedette*» de revista. Parecía mentira que la mujer reproducida allí no fuese más que una muerta.

Johnny sintió vértigo. Nunca había podido soportar los cadáveres. Le parecía como si jamás hubieran pertenecido a este mundo, como seres llegados de otro planeta para turbar nuestros

sueños.

—No lo recordaba... —dijo al fin—. Además, ¿por qué no lo averiguaron ustedes? ¿No son la policía?

—El policía más sagaz del mundo no sabrá acerca de un hombre lo que saben los mejores amigos de éste. Nosotros le pedimos su ayuda, Johnny. Le pedimos su ayuda de hombre respetuoso con la ley.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Puedo recordar yo todo lo de Archibald? ¿Hasta qué extremo estoy obligado a ello?

—¿No le siguió esta vez, Johnny?

Johnny denegó lentamente:

—No... No le seguía. No lo hice.

CAPÍTULO VII

—Usted tiene miedo, Johnny —dijo Caniff incisivamente—. Tiene miedo de verse metido en este asunto. Aunque hubiera seguido a Archibald, aunque supiese lo que éste hizo, no lo diría. Cree que las cosas han llegado demasiado lejos, ¿no? Los crímenes le desagradan. ¡Diga! ¿Es cierto que aunque hubiera seguido a Archibald no lo confesaría?

—Desde luego que no —susurró Johnny.

Y era sincero.

Lo que más deseaba en el mundo, lo que ansiaba con una obsesión casi febril, era quedar lo más apartado posible de aquel crimen.

—¿Por qué no detienen a Archibald? —balbució luego—. Si creen que fue él, ¿por qué no lo procesan?

—No hay pruebas. En la habitación no existían huellas apreciables. La mujer murió instantáneamente, sin tiempo ni de tocar a su víctima. Archibald desapareció del lugar del crimen. Sabemos que estuvo allí gracias a un testigo casual, pero nada le relaciona, al parecer, con la víctima. Ella no tenía retratos suyos, ni cartas, ni nada. La relación que pudiera haber entre ellos no dejaba la menor huella. Ahora coja usted todo eso, envuélvalo en un paquete y preséntelo al fiscal del distrito con la pretensión de que empapele a un ciudadano rico y en apariencia honorable como es Archibald. Nunca lo conseguirá.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Decirnos lo que sepa, Johnny; sólo eso. Todo lo que sepa, Johnny.

Ahora Caniff ya había empezado a agrietarse. Ahora ya no sonreía ni le llamaba «mi pequeño amigo».

—Le he dicho cuánto sabía. Y ahora perdóneme. No soy más que un empleado, un empleado modesto. Tengo el deber de la

puntualidad y pronto va a sonar mi hora.

—¿Pero no es arquitecto?

—Arquitecto ayudante tan sólo.

—Nunca prosperará si tiene tanto miedo —dijo Caniff sombríamente—. Nunca.

Johnny no contestó.

Dejó su pocillo de café a medio consumir, fue hacia la puerta y en aquel momento se detuvo.

Frente al local acababa de frenar una motocicleta.

CAPÍTULO VIII

Ello no tenía nada de extraño, salvo el hecho de que por Nueva York circulan muchas menos motocicletas que por cualquier ciudad europea. Prácticamente no se las ve.

En circunstancias normales, Johnny hubiera prestado muy poca atención a aquel ruido.

Sin embargo, ahora, el petardeo del motor le recordó algo. Se detuvo en actitud expectante.

Y entonces entró la chica.

La chica iba vestida como la noche en que él la vio montada en la poderosa motocicleta. Llevaba un jersey ligero, una falda ceñida, medias muy finas y zapatos altos, muy poco adecuados para conducir máquinas de dos ruedas. Pero la chica guiaba con ellos, y además lo hacía bien.

Johnny parpadeó.

Lo primero que pensó, de una manera instintiva, fue que aquella muchacha era algo sensacional. Luego se le ocurrió pensar que debía ser la misma a la que había matado Archibald, y entonces todo su entusiasmo se vino al suelo.

Las piernas y las caderas que ahora se movían ante él ya no le parecieron tan bonitas. De repente sintió frío en la espalda.

Sin darse cuenta, se encontró dando media vuelta y dirigiéndose de nuevo hacia Caniff.

Éste tenía los labios apretados. Sus ojos eran muy duros, parecían de metal. Le miró como si no le conociese.

—¿Sí? —dijo.

—He de pedirle un favor, Caniff.

—Dime, pobrecito Johnny.

—Hay algo que no perdono, Caniff, y es ese aire de perdonavidas. Escúcheme, pero escúcheme con atención, porque de lo contrario, si su cara mira al norte, soy capaz de volvérsela hacia

el sur de un solo guantazo.

—Extraña manera de pedir favores. Pero dime lo que sea, pobrecito Johnny.

Johnny tragó aire y espetó:

—¿Cuántas mujeres conduciendo motocicletas murieron hace dos años en la autopista que conduce a Washington?

—¿Qué dices?

—Me ha entendido perfectamente.

—Bueno, eso yo no lo sé... ¡Diantre! ¿Es que te has creído que formo parte de la policía de tráfico?

—Pero le será posible averiguarlo, ¿no?

—Por supuesto.

Johnny volvió a tragar aire. No sabía por qué, pero se sentía cada vez más intranquilo.

—Entonces va a hacerme ese favor, Caniff. Quiero saber si una chica de unos veintidós años, morena, alta, bien formada, pistonuda, conduciendo una moto, fue arrollada en ese lugar, hace dos años aproximadamente, por un turismo que se dio a la fuga.

—¿Lo conducías tú, pobrecito Johnny?

—¡Cállese!

—Está bien, si me lo pides tan finamente haré lo que tú quieres. No será difícil.

—¿Cuándo tendré la respuesta?

—Esta misma tarde.

—También quiero una foto de la chica.

—¿En bañador?

—No, en combinación. ¡Necesito esa foto aunque no haya más que la que se obtuvo en el depósito de cadáveres! ¡Y basta! ¡Estoy harto ya de bromas!

Caniff dijo calmadamente:

—Sí, pobrecito Johnny.

Éste sintió tentaciones de saltar sobre aquel maldito policía, pero se contuvo. Dejándose llevar por los nervios no iba a ganar nada. Respiró fuertemente y dio media vuelta, paseando su mirada por las diversas mesas del local.

La chica ya no estaba.

Tampoco en la barra. La obligación de una chica tan descomunal es estar sentada en los altos taburetes de la barra con las piernas

cruzadas, en eso estamos todos de acuerdo. Pero aquélla había desaparecido.

Johnny oteó hacia el exterior. La moto continuaba estacionada frente al establecimiento. La chica no había salido.

¿Dónde infiernos estaba?

Los ojos de Johnny dieron otra vuelta por el local, cada vez más confuso, hasta detenerse en la pequeña puertecilla que daba a los servicios. En aquella puertecilla estaba dibujada la silueta en negro de una mujer.

Johnny apretó los labios.

Era una barbaridad lo que iba a hacer, pero eso no le importaba ya. Sentía como si estuviera perdiendo el mundo de vista.

Abrió la puerta, y se encontró con un pequeño vestíbulo de paredes metálicas al cual se abrían otras tres puertas. Una mujer de edad otoñal reinaba en aquel recinto. Le miró con ojos escrutadores y crueles.

—Se ha equivocado, señor.

—No me he equivocado. Quiero hacerle una pregunta.

—¿A mí?

Johnny alargó dos billetes de a dólar.

—¿Acaba de entrar aquí una señorita de unos veintidós años de edad, con un jersey ligero, zapatos altos y una falda ceñida?

—No, claro que no.

—¿Qué dice?

—Digo que no. Todo esto está vacío.

Johnny alargó otros dos dólares. La otra no quiso tomarlos.

—Le estoy diciendo la verdad. Todo está vacío, y puede comprobarlo. Además, yo he estado unos momentos fuera y no he visto la chica que usted dice. No ha entrado en el local.

Johnny parpadeó un par de veces. Notaba un zumbido en las sienes. No se sentía demasiado bien.

—Miente —susurró.

—¿Pero cómo se atreve a...?

—Miente, maldita puerca.

No podía más. Estaba al borde de una crisis de nervios, como una mujer. Clavándose las uñas en las palmas de las manos, fue hacia donde continuaba Caniff.

—Tú has visto entrar a una chica —dijo—. Hace un momento.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Yo estaba casi en la puerta cuando ella ha entrado! ¡He tenido que hacerme a un lado para dejarla pasar!

—Diantre, Johnny, no grites.

—¿Pero la has visto? ¿Sí o no?

Caniff movió la cabeza negativamente, de un lado a otro. Sus ojos reflejaban perplejidad.

—Yo no he visto a nadie. Tú me hablabas hace un momento de una chica atropellada, pero no he visto a ninguna mujer. Y conste que estaba de cara a la puerta.

—¡Mientes!

Caniff se puso nervioso.

—Bueno, Johnny, ¿es que has bebido o qué?

Johnny se desinfló. Empezaba a sentirse acometido por una sensación de inseguridad cada vez mayor, como si el suelo vacilara bajo sus pies. Pero aún quedaba una evidencia en favor suyo, y esa evidencia era la motocicleta.

Desde allí podía verla. Continuaba estacionada junto a la puerta.

—Vino en aquella moto —dijo—. No puedes negarme que esa moto la estás viendo, Caniff.

—Claro que no te lo voy a negar. La veo perfectamente. Como hubiera visto a la chica.

—Ella venía en ese trasto.

—¿Seguro?

—¡Claro que seguro! ¿Cómo infiernos te lo he de decir?

Johnny volvió de nuevo la cabeza, señalando la máquina, para reforzar sus palabras. Y en aquel momento quedó sin respiración.

Un joven vestido con «*blue-jeans*», un jersey grueso y un casco rojo que más bien parecía propio de un marciano, se acercó a la moto, montó en ella parsimoniosamente, accionó el pedal y arrancó como un bólido, separándose de la acera.

Caniff sonreía de un modo indescifrable. Otra vez parecía volver a sentir aquella odiosa seguridad en sí mismo.

—Adiós, pobrecito Johnny —dijo lentamente.

Johnny sintió como si fuera a caerse.

Sólo oyó, de una manera muy lejana, cómo Caniff le decía, mientras él caminaba hacia la puerta:

—De todos modos no te preocupes. Te enviaré esa foto.

Johnny llegó a la calle. Antes de sumirse en la vorágine de ésta, se tuvo que apoyar en una jamba de la puerta.

En la oficina técnica le esperaban noticias. El jefe había decidido ascender a uno de los tres ayudantes de que constaba la sección. El ascendido vería casi doblado su sueldo.

Johnny tragó saliva.

El siempre había necesitado dinero, mucho dinero. El se había dado cuenta desde niño de que las grandes ciudades son ciudades sin alma. Nadie le conocería en Nueva York si no llevaba unos cuantos dólares en el bolsillo. Nadie le ayudaría si no se ayudaba él mismo.

¡Y ahora tenía una oportunidad magnífica para convertirse en un personaje!

Un sueldo doble le permitiría pasar la barrera de la simple comodidad para situarse en la de la aristocracia. Le permitiría disponer de muchas cosas que antes tuvo que mirar de lejos. Pero iba a ser difícil conseguir aquel nuevo puesto, a lo que parecía.

Crystal, la secretaria de la sección de control, se lo dijo:

—El jefe ha convocado unas auténticas oposiciones. Hará un examen durísimo. Dice que no puede ascender a uno sin que los demás se ofendan, y que ése es el único sistema justo.

—¿Pero qué ha pensado? ¿Que esto es una universidad?

—Va a ser peor.

—¿Y cuándo piensa examinar?

—Pasado mañana.

—¡Es absurdo! ¡No se puede preparar nada en ese tiempo!

—Es que no tenéis que preparar nada. Se supone que son cosas que ya debéis saber.

—¡Infiernos!

A Johnny casi se le había olvidado lo de la extraña mujer de la moto. Su mente estaba ocupada exclusivamente en el magnífico porvenir que se le brindaba y que sin duda tendría que dejar escapar.

—Sin duda ya tendrá pensado lo que va a preguntar —musitó—. Si hubiera alguna pista...

—No la hay. Sé que tiene un cuestionario en la caja de caudales, porque yo misma he visto cómo lo aguardaba. Pero no tengo medio de averiguar nada, Johnny. El mismo ha variado la combinación y

tiene las llaves. No las suelta nunca.

—Hay gente insoportable... —masculló Johnny.

—Lo siento, Johnny —musitó Crystal, poniendo los ojos ligeramente en blanco—. Sabes que si pudiese te ayudaría.

—Lo sé, Crystal. Gracias.

—Me parece que Forbes va a conseguir ese puesto. El es un auténtico sabihondo.

—Sí, a mí me lo parece también.

Y Johnny trató de olvidar aquello, pero no pudo arrancárselo del todo de su mente. Le era imposible dejar de pensar que no iba a tener otra oportunidad como aquella en su vida.

Dos veces entró en el despacho del arquitecto jefe por si éste había abierto la caja de caudales. Pero seguía cerrada como una tumba.

Y fue algo relacionado con una tumba lo que hizo estremecer a Johnny apenas llegó aquella noche a su casa. Porque allí le esperaba un sobre que venía directamente de la Brigada de Homicidios de Nueva York.

Aquel sobre lo enviaba Caniff, sin duda. Y en él no había más que una foto.

Una foto de la chica de la moto.

Pero la habían obtenido «post-mortem». Es decir, era una de esas fotos macabras que se obtienen reglamentariamente, a los efectos judiciales, en los depósitos de cadáveres. Era la misma chica, aunque con los cabellos algo alborotados, las mejillas hundidas y la boca tiesa. En su frente aún existía algún leve rastro de sangre que no le habían limpiado demasiado bien. Era una muerta, de eso no cabía la menor duda. Una muerta reciente, un «cadáver fresco», según la macabra jerga profesional de los forenses.

Detrás había una sola palabra: «¿Satisfecho?».

Y firmaba «Caniff».

Johnny sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Ahora ya casi no le cabía duda de que había visto a una muerta.

Pero la había visto *sólo él*.

Necesitó tumbarse en la cama y cerrar los ojos para evitar la sensación de vértigo.

Cada vez que los abría, parecía como si los libros de arquitectura que llenaban un panel de pared fueran a desplomarse encima suyo.

Le costó horas quedar dormido, y aun así su sueño estuvo surcado de terribles pesadillas.

CAPÍTULO IX

Le pareció que Greta entraba en su habitación. Tuvo la sensación de que su figura incorpórea, misteriosa, sutil, flotaba en el aire.

Greta, la hermana de Archibald, a la que según la policía había asesinado éste...

La sensación de su presencia fue tan real, que por dos veces Johnny intentó despertarse.

Pero no podía. ¡No podía!

A la mañana siguiente se despertó con la cabeza cargada y con una fuerte sensación de náuseas. Se puso sin embargo en pie, se aseó, y cuando ya estaba a punto para salir se dio cuenta de un detalle nuevo en la habitación.

Un detalle insignificante, y que sin embargo hizo que sus cabellos se erizaran.

Un libro de los que la noche anterior, cuando él se acostó, estaba en la estantería, *se mostraba ahora sobre una de las mesas*.

Johnny estaba absolutamente seguro de que aquel libro se encontraba la noche antes en la estantería porque lo vio varias veces allí al abrir los ojos. Precisamente era uno de los que más parecían bailar en el aire cada vez que lo miraba, acentuando su sensación de vértigo.

Y ahora estaba allí.

Johnny, mucho más sereno con la luz del día, se daba ahora cuenta, con perfecta nitidez, de todos estos detalles.

Le parecía estar asistiendo a la proyección de una película. Cada una de las imágenes que captaban sus ojos era como un nuevo impacto.

Su cerebro, a pesar de funcionar con pesadez, hilvanaba los pensamientos lógicamente.

Nadie había entrado en la habitación.

Y el libro se había movido.

Por consiguiente *se había movido solo, o en virtud de una fuerza que no era humana.*

¿Por qué?

¿Había querido *alguien* decirle algo con relación a aquel libro?

¿Greta?

El pensamiento le hizo estremecer.

Archibald le había hecho la promesa de comunicarse con él si moría. Y Archibald no estaba muerto, pero sí su hermana. ¿Era posible que la promesa de uno la cumpliera la otra? ¿Era factible aquella extraña comunicación?

Johnny miró el libro.

«Cálculo de resistencias en los encofrados». Era un tema difícil y que él conocía sólo superficialmente.

«Cálculo de resistencia en los encofrados»... ¿Y si fuera ésa la pregunta sobre la cual iban a versar los ejercicios al día siguiente?

¿Y si Greta hubiera querido comunicárselo?

¿Acaso...?

La cabeza de Johnny volvía a dar vueltas, pero ya empezaba a creer en que algo sobrenatural le rodeaba.

Y, cosa extraña, ya no sentía tanto miedo.

Ya comenzaba a habituarse a aquella extraña comunicación con seres a los que nadie podía ver *excepto él*. Seres que, además, pretendían ayudarle.

Tomó el teléfono y comunicó a Crystal que aquel día no podía ir a trabajar. Se sentía muy indispuesto.

—Es inútil que estudies —le dijo Crystal—. De nada te va a servir.

—¿Sigue el cuestionario encerrado en la caja?

—Ujú.

—Mañana iré, Crystal.

—Eso espero. Y suerte.

—Gracias.

Johnny colgó.

Salió solamente para desayunar, tomó como extra dos cafés bien cargados, no al estilo yanqui sino al estilo italiano, y abrió el libro por la primera página.

Todo el día estuvo estudiando. Su mente estaba extrañamente

clara. Los conceptos entraban en ella con rapidez.

Al anoecer, sabía mucho más de encofrados que sus restantes compañeros de la oficina técnica.

Y ése fue el tema sobre el que fueron interrogados al día siguiente. Johnny, con gran sorpresa de todos, pues no era ni mucho menos el auxiliar más brillante, obtuvo la plaza.

CAPÍTULO X

Johnny fue a ver a Archibald.

Archibald estaba sentado en un sillón del club, con un pesado libro entre las manos. Siempre, a aquella tranquila hora de la tarde, se le encontraba allí. Archibald ni leía ni parecía pensar. Estaba simplemente con la mirada perdida en el vacío, y así lo encontró Johnny cuando se acercó a él.

Johnny le miraba, mientras avanzaba a través del inmenso salón principal del club, desde cuyas ventanas se divisaba una maravillosa perspectiva del edificio de las Naciones Unidas.

Quizá por eso, porque estaba mirando simplemente a Archibald, sin fijarse en nada más, tropezó con aquel insignificante borde de una alfombra y estuvo a punto de caer a tierra.

Vaciló.

Otro hombre cualquiera hubiese podido conservar el equilibrio, pero él no pudo. También fue mala suerte de verdad, pensaría más tarde Johnny. Cayó del todo sobre la alfombra, mientras Archibald acudía a ayudarle.

—Pero ¿qué te sucede?

—No sé, un tropezón...

—Diablos, has caído de una manera muy rara...

—Hoy debe ser mi día de mala suerte.

—¿Te has hecho daño?

—No, no es nada...

—Pues te cuesta levantarte...

Efectivamente, Johnny parecía no estar muy seguro aún sobre sus piernas. Se apoyó en el respaldo de una de las butacas, respiró hondo, como para recobrar fuerzas, y poco a poco fue sintiéndose mejor.

—Hoy debe ser mi día de mala suerte —repitió.

—No hagas caso. A todos nos suceden cosas estúpidas. Vamos,

siéntate aquí cerca.

Johnny accedió. El lugar en que había estado Archibald era un lugar solitario. Nadie podría oírles.

Se sentó y extrajo un paquete de cigarrillos. El color había vuelto a su semblante, que en el momento de caer había quedado espantosamente pálido.

—¿Fumas, Archibald?

—No. Yo fumo mi pipa, gracias.

Johnny encendió.

—Te encuentro extraño —dijo Archibald.

—¿Porque me he caído? Tú mismo lo has dicho; eso puede sucederle a cualquiera.

—Sí, es cierto. ¡Cuántas veces no me habré caído yo, y siempre en las circunstancias más inoportunas! Pero yo lo he dicho por otra cosa. Lo he dicho porque tu cara no parece normal. ¿Van mal las cosas?

—En el aspecto material, no.

—Vaya, me alegro.

—Me han ascendido a segundo jefe —aseguró Johnny—. He ganado una especie de oposiciones que nunca hubiera soñado ganar.

—Sin duda estudiarías más que los otros.

—Sí, pero... En fin, ya te hablaré.

—¿Tienes mejor sueldo?

—El doble.

Archibald lanzó un silbido.

—Bueno, ahora eres casi un potentado. Tendrás más dinero que yo.

—No es el dinero lo que más me importa en estos momentos, Archibald, pese a saber la importancia que éste tiene.

Archibald introdujo el índice en la cazoleta de su pipa, para apretar el tabaco, y luego exhaló una lenta bocanada de humo. Sus ojos se habían vuelto escrutadores y, de pronto, parecían haberse endurecido.

—¿Qué te ocurre, Johnny?

—Estoy asustado.

—Ya me ha parecido notarte extraño. Ahora me doy cuenta de que es eso exactamente lo que hay en tu cara: miedo. Pero ¿por

qué? ¿Qué tiene de malo que a uno le asciendan casi a arquitecto jefe?

—Archibald, tú llevas corbata negra por la muerte de tu hermana.

—Sí, ¿y qué?

—Tu hermana me dio un mensaje.

Archibald abrió mucho los ojos. La pipa estuvo a punto de resbalar de entre sus dientes, y tuvo que sujetarla. Sin embargo, Johnny se dio cuenta de que aquel asombro era más fingido que real. Quizá Archibald había esperado aquello. Quizá Archibald, en el fondo, no se asombraba.

—¿Un mensaje? —susurró.

—Quizá te reirás, pero me señaló el libro en el cual estaba el tema del que íbamos a ser examinados.

—¿Y de qué modo te lo señaló?

—Ese libro, que yo había dejado en su estantería al acostarme, estaba en una mesa, junto a mi cama, cuando desperté.

Archibald lanzó una carcajada. Y ahora sí que su expresión y su risa fueron francas.

—Eso me ha sucedido a mi docenas de veces, Johnny.

—¿A ti?

—Sí. Cambiar un libro de sitio por la noche y no acordarme a la mañana siguiente.

—¡No fue eso lo que ocurrió, Archibald! —La expresión de Johnny era atormentada—. Yo me acuerdo de que ese libro estaba en la estantería porque, precisamente, al dormirme lo miré. Todo daba vueltas en torno mío. Ese libro también.

—Bueno, entonces ocurrió otra cosa.

—¿Sí?

—Te levantaste por la noche y lo tocaste.

—¡No, no lo hice!

—¡No te pongas así, hombre! Tú mismo has reconocido que estabas mareado, que todo daba vueltas en torno tuyo.

—Sí, pero..., ¡pero no me levanté!

—Oye una cosa, Johnny.

Johnny respiraba con dificultad. Cada vez se sentía más alterado.

—¿Qué?

—A mí también me han sucedido cosas parecidas. Cambiar las cosas de sitio sin acordarme, y todo eso. Levantarme por las noches, medio aturdido, sobre todo al sentirme mal, y hacer pequeñas cosas de las que luego no me acuerdo. Si uno fuera a buscar explicación a todas esas pequeñas tonterías, se volvería loco. No te digo que seas un sonámbulo, ni mucho menos, como tampoco lo soy yo. Pero, a veces, uno realiza actos maquinales de los que luego no se acuerda.

Hizo un gesto de indiferencia.

—Yo no pensaría más en eso, Johnny. E incluso me parece mentira que un hombre sensato, como tú, le haya podido dar importancia.

—Es que... —Johnny tragó saliva—. Vamos por partes, Archibald. Admitamos que yo mismo moviera aquel libro. ¿No es demasiada casualidad que coincidiera con el tema que iban a preguntar?

—Casualidades de esas las hay a montañas en la vida. Desde ciertos puntos de vista, todo lo que nos ocurre es pura casualidad. El tema había de coincidir con el de alguno de los libros que tú tienes en tu apartamento, forzosamente. Si tienes en cuenta la ley de probabilidades, te darás cuenta de que la casualidad de que me hablas, no tiene nada de particular.

Johnny inspiró aire con fuerza.

Poco a poco, el efecto sedante de las palabras de Archibald iba tranquilizándole.

Sí, lo que Archibald decía era la verdad. ¿Por qué no?

Claro, que estaba también lo de la chica de la motocicleta, pero eso era absurdo.

Una simple alucinación, de eso se trataba.

No podía ni explicarlo.

De todas maneras, preguntó aún:

—Contéstame con sinceridad, Archibald. No me gusta ahora recordar una conversación que tuvimos, pero es preciso. Dijimos que el que muriera antes se pondría en comunicación con el otro. Eso no ha podido ocurrir, porque los dos estamos vivos, afortunadamente. Pero ¿podría tu hermana haber participado en esa promesa que tú hiciste? ¿Podría ella ponerse en comunicación conmigo, en lugar de hacerlo tú?

—No digas tonterías, Johnny.

—No es una tontería. Me inquieta. Y, además, tú mismo pensabas entonces en que era un asunto serio, porque fuiste quien propuso aquel trato sobrenatural.

Archibald suspiró con cansancio.

—Mira, Johnny, vamos a hablar con claridad. Aquella noche yo estaba impresionado..., no sé por qué. Quizá era la tormenta. Quizá las llamas de la fogata que había a nuestro lado. Uno no sabe a veces por qué piensa algunas cosas. Pero, luego, me he dado cuenta de que jamás tuvimos una conversación más estúpida y carente de sentido, Johnny.

Johnny, en lugar de sentir decepción ante aquellas palabras — pues, normalmente, a uno no le gusta que califiquen de estúpida una conversación en la que ha participado— notó un gran alivio en su interior.

Todo aquel mundo sobrenatural en que de pronto se había visto inmerso, le sobresaltaba.

Y ahora veía, con alegría, que Archibald mismo consideraba todo aquello como algo carente de sentido.

Lo sobrenatural no existía.

No había que pensar más en ello.

—Debemos considerar, pues, anulada nuestra promesa, ¿no? — preguntó con un soplo de voz.

—Anulada completamente..., ¡porque es imposible cumplirla!

—Me has dado una gran tranquilidad, Archibald. Ya me sentía rodeado de espíritus.

—Pues, por lo que te ha sucedido hasta ahora, no veo motivo.

—Es que...

—¿Me ocultas algo?

Johnny estuvo a punto de decir que sí, que le ocultaba lo de la chica de la moto, pero no se atrevió.

Aquello era una alucinación, algo en lo que no debía pensar más. Algo que no volvería a suceder nunca.

Se puso en pie. Miró a través de la ventana frontera, hacia la gran extensión de la Avenida Primera y de la United Nations Plaza.

¿Por qué oscurecía tan pronto en Nueva York? ¿Por qué todo estaba lleno de sombras?

—¿Ha oscurecido? —preguntó.

Archibald le miró con interés.

—¿Por qué esa pregunta tan absurda, Johnny?

—Es que... temía que mis ojos no vieran bien.

—Tonterías, Johnny. Claro que ha oscurecido. Estamos en los días más cortos del año.

—Todo lo que se ve desde la ventana causa una sensación extraña.

—Mira, Johnny, lo que has de hacer es tomarte un par de *whiskies* y echarte a dormir. Tú estás cansado. Tu mente ha empezado a jugarte malas pasadas. No te das cuenta, y, sin embargo, más adelante, lo que te sucede podría ser algo terrible.

—Sí, sí que me doy cuenta, Archibald.

—Pues no pienses más en ello.

Johnny sonrió animosamente.

—Claro que sí, Archibald... Claro que sí. Tú tienes razón en todo esto. No volveré a pensarlo más.

Le estrechó la mano.

—¿Ya puedes andar bien?

—¿Qué quieres decir?

—Hombre, como antes te has caído...

—Sí, ya puedo andar bien. Perfectamente.

—Ven a cenar a casa el sábado próximo, Johnny.

—Quizá vaya. Te telefonearé.

Hizo un saludo con la mano y salió del club. Éste tenía estacionamiento privado en la pequeña explanada que se extendía delante de las puertas. El coche de Johnny estaba detenido allí.

E inmediatamente detrás había una motocicleta.

Johnny apretó los labios.

Conocía bien aquel cacharro. Se acordaba perfectamente de aquella máquina sobre la cual vio montada primero a una muchacha, y luego a un tipo con casco de marciano. ¿O quizá era una moto igual, simplemente? ¿Cómo no se había fijado hasta entonces en la matrícula?

La anotó mentalmente. Había salido del club casi tranquilo y, sin embargo, ahora volvía a sentirse como navegando entre las brumas del Más Allá. El corazón le latía sordamente dentro del pecho, haciéndole daño. La respiración se le había alterado sin que él se diera cuenta.

¿Saldría otra vez la chica? ¿O quizá el mismo tipo joven que se

llevó la moto de la puerta del bar donde él estaba reunido con Caniff?

Decidió esperar.

Un viento helado llegaba desde el East River y ululaba entre los rascacielos de las Avenidas Uno y Dos. Pero Johnny, sin embargo, siguió quieto junto a su automóvil, esperando, decidido a seguir hasta el fin la pista representada por aquella moto.

Por fin se acercó alguien. Venía desde la esquina frontera.

¡La chica!

¡La misma muchacha a la que él ya había visto dos veces al natural y una en fotografía! ¡La muerta!

Johnny sintió que se ahogaba.

La muchacha obró con una absoluta naturalidad. Con una indiferencia que resultaba aplastante.

Vestía como otras veces, y no parecía sentir el frío que llegaba del East River. Se acaballó sobre la moto, haciendo una generosa exhibición de piernas, y arrancó. Johnny estaba como paralizado.

No sabía qué pensar.

Sólo recordaba lo que muchos poetas han dicho: que la Muerte está representada por una mujer bonita.

De pronto se movió. Parecía como si una fuerza ajena le empujase. Se colocó delante de la moto antes de que ésta arrancase.

—Oiga —susurró.

La muchacha le envolvió en una mirada de desprecio.

—¿Qué quiere? ¿Qué hace aquí? ¿No ve que está interrumpiendo la circulación?

—Necesito hablar con usted.

—Yo, no.

—Es importante.

—Ya lo supongo. Es importante conseguir algo de mí. Convencerse de si le gusto o no. ¡Apártese, imbécil!

Desde luego, podía ser que la chica estuviese muerta, pero no hablaba como tal.

Johnny incluso fue a tocarla.

Cosa extraña, ella no se movió.

Pareció como si no tuviera miedo de ser tocada. *Como si no tuviese cuerpo.*

Pero Johnny no tuvo ocasión de comprobarlo, porque algo le

detuvo. Muy cerca de allí, balanceando su porra de madera, pasaba un robusto guardia. Sus ojillos le estaban ya vigilando. Johnny sabía bien que tocar a una mujer, en determinadas circunstancias, es lo más imprudente que puede uno hacer en Nueva York, porque luego se pasa medio año acariciando los barrotes de una celda.

Y se estuvo quietecito. Quietecito como un pájaro.

Luego, la chica metió una marcha y se alejó raudamente.

Johnny ya no se estuvo quieto.

Supo que estaba a punto de perder una gran oportunidad. Que debía hablar con aquella chica ahora o nunca.

Subió a su coche y arrancó rabiosamente.

CAPÍTULO XI

Una extraña y helada furia le poseía.

Un terrible deseo de actuar se había adueñado de él. Todo su miedo anterior, todas sus indecisiones habían desaparecido.

Ahora tenía un objetivo claro, e iba a alcanzarlo. ¡Perseguiría a aquella chica! ¡Lograría acorralarla! ¡La obligaría a hablar!

Ella conducía con maestría y a gran velocidad.

Las motos tienen una gran ventaja sobre los coches, en sitios de gran tránsito: pueden serpentear entre los vehículos y pasar con ventaja las luces, soslayando también los embotellamientos. Por eso todo fue bien para Johnny, mientras se movieron por la larga Tercera Avenida, en su parte baja, donde no había apenas tránsito. Pero ella debió darse cuenta de que era seguida, y enfiló a gran velocidad la concurrida calle Cincuenta. En dos cruces, correspondiente a la Quinta y Sexta Avenidas, logró esquivar las luces rojas, tomando a Johnny una buena delantera. Johnny tuvo que apretar rabiosamente para recuperar lo perdido. Empezó a temer que algún policía de tránsito le detuviese, en cuyo caso estaría todo perdido.

Pero luego, a partir de la Avenida Octava, la circulación disminuía. Distinguía claramente las luces posteriores de la motocicleta, dirigiéndose hacia el West River. Sus probabilidades aumentaron.

Aquella chica conducía endiabladamente bien. Si era una muerta, debía uno convenir en que en el Más Allá existen magníficas escuelas de chóferes.

De pronto, la moto se detuvo ante un edificio achatado, bajo, que parecía ser la parte posterior de otro edificio más importante. Johnny pudo ver que la muchacha saltaba del vehículo..., ¡y, de pronto, desaparecía como tragada por las sombras!

Pero no había más que una puerta allí. No podía engañarle.

Johnny avanzó. Sus dientes rechinaban.

La puerta cedió al ser empujada. Vio una sala pequeña, pintada de un color triste y sucio, y sobre la que flotaba una luz irreal.

Un ruido chirriante, como de sierra, le hirió los tímpanos.

Johnny estaba dominado por una profunda sensación de vértigo, de pesadilla.

Siguió avanzando.

CAPÍTULO XII

¿Era posible que la muchacha se hubiera ocultado allí?

Johnny pensó en eso nuevamente cuando la luz irreal le envolvió por completo. De pronto, y sin que consiguiera explicarse por qué, el clima de pesadilla se hizo insoportablemente intenso. Tenía la sensación de que no podía respirar, de que iba a ahogarse.

Pero la chica tenía que estar allí. Recordaba perfectamente que no había ninguna otra puerta. Para asegurarse más, y convencerse de que no seguía una pista falsa, volvió a salir. La motocicleta estaba detenida ante la puerta. Fuera flotaban las sombras como en una sucesión irreal. Pero la chica tenía que estar allí; no podía haberse ocultado en otro sitio.

Johnny volvió a entrar.

Tenía las mandíbulas fuertemente encajadas. Sus facciones dibujaban una mueca.

Volvió a enfrentarse a la luz irreal y a aquel sonido chirriante de la sierra.

¿Qué diablos podían estar aserrando allí? ¿A qué obedecía aquel desquiciante sonido?

Johnny avanzó varios pasos más. Traspuso la segunda puerta.

Vio entonces allí varias mesas de mármol, tres cadáveres desnudos y un hombre con bata blanca que estaba aserrando los huesos de uno de ellos.

Johnny contuvo la respiración.

De pronto, el olor a formol se le hizo insoportable.

Al identificar el sonido que tanto le había llamado la atención, sintió como si una nube de horror le llegara a los ojos.

Pero nada de esto se notaba en su rostro; su cara, que parecía impasible, miraba al hombre de la sierra. Éste alzó la cabeza y le escrutó con una expresión lejana.

—¿Cómo ha podido entrar aquí? —Gruñó.

—La puerta estaba abierta.

—Estaba abierta... Jamás lo está. Pero cada vez se tiene menos cuidado entre los empleados municipales. Algún imbécil la habrá dejado así. ¿Y quién es usted?

—Me llamo John.

—Bueno, ¿y qué?

El hombre de la sierra parecía molesto. Diríase que Johnny, quieto allí como una estatua, le parecía una especie de trastornado.

—¿Qué hace ahí? —masculló—. ¿Por qué no se marcha?

—Busco a una mujer.

—¿A... una mujer?

El hombre de la bata blanca dejó definitivamente su horrible tarea de aserrar los huesos al cadáver. Miró a Johnny con la completa sensación de que se encontraba ante un loco.

—Muerta, ¿no?

—Viva.

—Pero ¿usted sabe dónde está?

Johnny no podía ni tragar saliva. Tenía rígidos los músculos de la garganta.

—No lo sé. Precisamente iba a preguntárselo.

El de la bata blanca abrió la boca.

Sin embargo, durante unos larguísimos instantes, no surgió de ella el menor sonido.

—¿Necesita un médico, amigo? —balbució.

—Lo que quiero es saber dónde estoy.

—Esto es un anexo del depósito de cadáveres.

Un anexo del depósito de cadáveres..., ¡y la muchacha había entrado allí! ¡Había entrado allí como si se dirigiera a su propia casa!

—Creí que el depósito de cadáveres se encontraba en otro sitio —musitó Johnny, intentando aparentar serenidad.

—Ya le he dicho que es un anexo. Aquí se investiga sobre los muertos, con fines científicos. Los cadáveres que nadie reclama nos son entregados. Dependemos de la Facultad de Medicina, aunque los sueldos de este maldito antro los paga el Municipio.

—Aquí, sin embargo, ha entrado una mujer.

—¡No diga tonterías!

—Una mujer joven y bonita.

El de la sierra rió desagradablemente. Tenía los dientes carcomidos y casi negros. Todo el aire siniestro y fétido del local pareció ahora concentrarse en su boca.

—De modo que joven y bonita, ¿eh? El cadáver más reciente que hay aquí tiene tres meses. Lo conservamos en ambiente frío y los bañamos en aldehído fócnico. Pero si alguna de las mujeres que hay aquí le parece joven y bonita, llévesela.

Señalaba las otras mesas contiguas a aquélla en que estaba trabajando. En ellas yacían dos viejas. Sus miembros huesudos y su piel espantosamente blanca daban una sensación de vértigo.

Y el tipo añadió:

—Aquí sólo entran los muertos.

La sensación de vértigo se hizo más intensa en Johnny. Se hizo completamente irresistible. Pensó que iba a caer sobre uno de los miembros aserrados que había en la mesa, y ese pensamiento le produjo tal temor que logró enderezarse. Pero más horror le produjo el hecho de pensar que, según todas las apariencias, la chica de la motocicleta no era más que una muerta que había entrado, por decirlo así, en su propio hogar.

¡Porque la chica tenía que estar allí! ¡Porque no podía haber entrado en otro sitio!

Se dio cuenta de que estaba moviéndose en un universo de horror. Necesitaba apoyarse en la pared.

—Si quiere revisar los muertos... —sugirió, burlonamente, el hombre de la sierra—. Los tenemos de todas clases y de todas categorías...

«¡Sí!», estuvo a punto de gritar Johnny. En realidad necesitaba convencerse de que uno de los cadáveres era el de la muchacha.

Pero al pensar que eso podía ser cierto, el vértigo se recrudeció en él. Nuevamente estuvo a punto de caer.

¡Y entonces oyó de nuevo el petardeo de la motocicleta!

El sobresalto le hizo casi dar un brinco.

Se irguió repentinamente, y con fantástica agilidad dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta.

No pudo llegar. De pronto tropezó.

Se incorporó, pero había perdido unos segundos preciosos. Cuando salió al exterior y pudo sentarse ante el volante, ya las luces rojas de la moto estaban lejanas.

La moto subía a gran velocidad hacia el norte.

Rodaba hacia Riverside Drive, hacia la única zona aristocrática del oeste de Manhattan, como si quisiera llegar hasta el mausoleo del general Grant.

Johnny arrancó en segunda, para obtener en seguida más velocidad del coche. El motor aulló.

Pronto las luces piloto de la motocicleta se hicieron más cercanas. A pesar de la maestría de la conductora —cuyas formas divisaba vagamente—. Johnny ganaba velocidad.

Ahora el terreno era despejado. La mujer de la moto no podía esquivarle serpenteando entre los otros vehículos y ganando por fracciones de segundo las luces de tránsito.

Pero aquella carrera parecía no ir a terminar nunca.

Johnny llegaba a tocarla casi a veces, y en seguida la moto se despegaba. Los esfuerzos de la conductora por esquivarle eran terribles. Pasaron sin darse cuenta por delante del mausoleo, ya en la parte alta de Manhattan.

La moto dobló por Broadway. Se perdió durante unos instantes entre los grandes edificios que dependen de la Universidad de Columbia.

«Va a doblar hacia Central Park —pensó Johnny—. La maldita intentará perderse por allí...».

Pero la mujer no lo hizo. Un camión detenido no le permitió girar con la suficiente rapidez, y prefirió dirigirse hacia el río Harlem. Central Park, que se perdía por el sur hacia las profundidades de la calle Sesenta, quedó a un lado.

Johnny lanzó una carcajada brusca, casi salvaje.

Ahora, al menos, estaba seguro de algo: no perseguía a una muerta.

Perseguía a una mujer que conducía tan bien como él. ¡Una mujer que no quería ser alcanzada!

Al cruzar el río, un paisaje de casas bajas y de tiendas pequeñas, débilmente iluminadas, les salió al paso. Ahora la moto volvió a ganar velocidad, incluso haciendo maniobras muy arriesgadas, para esquivar la cercana presencia del coche de Johnny. Éste aceleró. Los dos parecían haberse vuelto locos. Afortunadamente, no encontraron policías de tránsito, y, además, dejaron atrás bien pronto las casas de la inmensa ciudad. Johnny puso las luces largas

y enfocó perfectamente a la mujer entre sus focos.

Ella, al rodar a gran velocidad, llevaba la falda muy arriba. El espectáculo enardeció al hombre.

—Ahora no escaparás, pequeña bruja... —masculló—. No escaparás...

La moto viró hacia una carretera secundaria, y desde allí a un camino vecinal en mal estado, sin duda, haciendo un desesperado intento para que el coche, más pesado, no pudiera seguirla.

Johnny, enardecido, rabioso, apretó aún más el acelerador.

Era un conductor endiabladamente bueno. Ni los baches ni las terribles curvas —que la moto tomaba con una inclinación escalofriante— le hicieron vacilar. Pronto estuvo solamente a unas veinte yardas de la máquina, que no conseguía aumentar su ventaja.

Y, de pronto, la mujer se desvió hacia el campo libre. ¡Iba, nada menos, que a intentar una travesía de «moto-cross»!

Johnny se dio entonces cuenta, con rabia, de la astucia con que ella había obrado. Iba a derrotarle en el único terreno donde un coche no podía competir con la moto. Se dio cuenta de que, si ella alcanzaba un cercano desnivel, ya no podría atraparla.

Pero entonces la suerte acompañó a Johnny.

La rueda delantera de la moto quedó empotrada en un hoyo del terreno. La mujer, lanzando un débil grito, dio una vuelta de campana en el aire, al salir despedida, y cayó al suelo. Quedó inmóvil allí, mientras Johnny frenaba.

La luz de los focos iluminaba el cuerpo que otras personas habían dicho no ver.

¡Y qué maravilloso cuerpo!

Johnny no recordaba una mujer igual. Su postura, además, al haber perdido el sentido, era de total abandono. Sus magníficas piernas se mostraban en toda su extensión. Johnny sintió una tentación irresistible. Tiró del borde de una de sus medias y se la desgarró por completo.

Infiernos... Y él había llegado a creer que era una muerta...

Una especie de loco frenesí se apoderó de él. Cayó sobre la mujer, mientras le arrancaba la ropa a zarpazos. Sus ojos estaban desorbitados, una mueca torva deformaba su boca. Cuando ella recuperó el sentido, apenas unos segundos más tarde, e intentó librarse de él, ya no podía. Johnny la tenía bien sujeta. La poca

ropa que quedaba, fue destrozada de dos nuevos zarpazos.

El silencio era absoluto, obsesionante, y sólo se oía el jadear de la muchacha, que, sin embargo, no gritaba.

La luz de los faros les alumbraba a los dos, creando en torno a ellos como un clima de pesadilla.

Y, de pronto, aquella voz, a su espalda, dijo lentamente:

—Déjala, pobrecito Johnny.

Johnny se volvió. Sus ojos estaban inyectados en sangre. La mujer aún no había sufrido nada importante, excepto la pérdida de una buena parte de sus ropas.

Vio a Caniff quieto ante él, a unos doce pasos.

Caniff sonreía con aquella mueca especial. Caniff tenía las manos en los bolsillos, pero todo su maldito cuerpo se adivinaba tenso.

—Déjala, pobrecito Johnny.

—¿Qué... vienes... a buscar aquí?

—He bajado del cielo, pobrecito Johnny.

Johnny se puso en pie. De repente un terrible desánimo se había apoderado de él. Su cuerpo pesaba como si fuera de plomo. Los ojos, antes tan brillantes, se apagaron como dos bombillas.

—No es una muerte —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Ya veo que no.

—Tú me dijiste una vez, en aquel bar, que no la habías visto.

—¿Es que tengo la obligación de ver todo lo que pasa a cien yardas de mis narices, Johnny?

—La mujer de los lavabos me engañó.

Caniff se acercó un poco más. Todo su cuerpo se había destensado, pero se adivinaba en él la agilidad de un gato salvaje.

—Oye, Johnny, ¿en qué lío estás metido?

—¿Lío? ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué quieren engañarte?

—¿Y yo qué sé? ¿Cómo diablos puedo adivinarlo? ¡Es lo que trato de averiguar! ¡Al perseguir a esta mujer lo he hecho por eso! ¡Y ella ha tratado de esquivarme por todos los medios, incluso fingiendo que se ocultaba en un depósito de cadáveres!

—¿Tú la conoces, Johnny?

—¡Y tú también! ¡Es la de la foto! ¡Es la mujer que murió en accidente, según me demostraste tú mismo!

Caniff hizo un gesto. Se acercó a la mujer.

Ésta temblaba. Hubiera querido cubrir sus maravillosas formas, pero no podía.

Ya se sabe: Lo que las mujeres no pueden hacer, es siempre mejor que lo que las mujeres hacen.

—Reconozco que se parece —masculló Caniff—. Pero ahora contéstame a una cosa, Johnny. ¿Quién mató a esta chica, en el caso de que esté muerta? No hagas caso de lo absurdo de mi pregunta. Piensa sólo en la situación. ¿Quién la mató?

Johnny no contestó. Sus facciones estaban desencajadas.

—¿Fue Archibald?

Nuevo silencio. Los ojos de Johnny volvían a llamear.

—No te atreves a decirlo —susurró Caniff—. Muy bien, yo sé lo que significa el silencio de un hombre. La mató Archibald accidentalmente, y tú ahora le encubres. Pero aquí hay algo que no encaja.

Miró a la muchacha.

—¿Tienes una hermana?

—Sssss... sí.

—¿Gemela?

—No.

—No importa. Hay hermanas muy parecidas si se llevan pocos años. ¿Qué diferencia de edad es la vuestra?

—Ella veinticuatro: yo veintidós.

—¿Dónde vive tu hermana?

La muchacha se mordió los labios.

—Ella no... no vive.

—¿Cuándo murió?

Caniff preguntaba como una ametralladora. Su rostro tallado en piedra era el de un auténtico policía-perro-dogo profesional.

La muchacha se retorció los dedos. Hundió la cabeza sobre la blanda hierba.

—No tiene derecho a preguntar eso... —gimió—. ¡No tiene derecho! ¡No tiene derechoooo!...

Parecía al borde del ataque de nervios. Caniff la envolvió en una mirada de desprecio.

—Ya hablarás, zorra —dijo—. Ya se te soltará la lengua cuando estés en el Precinto.

—¿Es que va a llevársela? —masculló Johnny.

—Sí. Y debería llevarme también a Archibald. Ese tipo prepara algo contra ti.

Johnny apretó los puños.

—Fue Archibald el que me la mencionó por primera vez... Fue él quien la introdujo en mi vida...

—¿Con qué motivo?

—No lo sé...

—Aquí hay algo más grave de lo que parece, Johnny. Algo que está relacionado con la muerte de la hermana de Archibald.

—¡No la menciones! ¡No la menciones, en nombre del infierno!

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Nuevamente Johnny parecía decaído. Otra vez sus fuerzas fallaban, se hundían verticalmente.

—Hay cosas que no entenderé nunca —farfulló.

—Yo te ayudaré a comprenderlas. Lo que esta chica diga será del mayor interés.

La hizo levantarse. Ella no se resistió, puesto que también parecía al borde del agotamiento. Se vio entonces que Caniff tenía estacionado otro coche unas cincuenta yardas más allá, donde empezaba el camino. Era un coche ultrarrápido, un «Austin 3000» inglés.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó solícitamente a Johnny.

—No... Conduciré yo mismo.

—Ve directamente a tu casa. Te conviene descansar un rato. Lo de hoy ha debido ser terrible para ti.

—Sí...

Caniff se dirigió a su coche. Llevaba a la muchacha por el brazo, como a una detenida. Johnny fue hacia su automóvil y abrió la portezuela con cansancio.

Caniff se dirigía hacia el «Austin».

Estaba a unos doce pasos.

De espaldas.

De pronto Johnny apretó los labios, hizo una mueca y se abalanzó sobre él, derribándolo en tierra.

Caniff fue atrapado por sorpresa. No llegó a reaccionar a tiempo. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, ya había recibido un

mazazo en la nuca y tenía a Johnny sobre él, golpeándole rabiosamente.

Pero Caniff no se estuvo quieto.

Arqueó el cuerpo, con la agilidad de un verdadero luchador profesional, y envió a Johnny por encima de su cabeza.

Johnny, sorprendido, dio dos vueltas sobre la hierba antes de convencerse de que su enemigo no era precisamente un novato. De pronto vio a Caniff sobre él. Esquivó el primer golpe, dirigido al estómago, pero no pudo evitar el segundo, dirigido al pómulo izquierdo. Demasiado tarde se dio cuenta de que lo del estómago había sido solo un amago. Caniff, el maldito, sabía además boxear como un profesional.

Cayó a tierra con la sensación de que lo habían pasado por entre dos laminadoras.

En pie ante él, iluminada la escena por la luz espectral de los faros, Caniff masculló:

—¿Pero qué te ocurre, pobrecito Johnny? ¿Por qué diablos has hecho una cosa así?

—Tú no me engañas, Caniff. No soy tan tonto. Tus explicaciones no me han convencido.

—¿Qué explicaciones?

—Tú sabías que esta mujer no era una muerta.

—Y ahora lo sabes tú también, pobrecito Johnny. ¿Y qué?

—Tú estás de acuerdo con esa zorra.

Caniff sonrió. Su sonrisa era una mueca.

—¿De acuerdo? ¿Y qué gano yo con eso, imbécil?

—No lo sé... ¡No lo sé, en nombre de todos los demonios, pero tú no has llegado aquí por casualidad!

—Claro que no, Johnny. Te sigo a todas partes. A todas partes. Si te ves en un lío, ¿quién te ayudará?

Johnny vaciló.

Todo parecía dar vueltas en torno suyo.

Se daba cuenta de que había cometido un error al atacar al policía. No debió nunca actuar así sólo por el hecho de que no acababa de ver las cosas claras.

Sin embargo, siguió su impulso y atacó otra vez. Lo hizo como si le guiara una fuerza de la que no era responsable.

Caniff esquivó el zurdazo, hizo una finta y lo tumbó de un

terrible cruzado a la sien.

Luego subió a su «Austin», llevándose a la chica del brazo, con cierta rudeza, siempre como si ella fuese su prisionera.

Cuando Johnny empezó a recuperarse, ya estaban lejos.

CAPÍTULO XIII

Stan encendió un cigarrillo, en el despacho que compartía con otros varios inspectores y puso los pies sobre la mesa. Hizo aquello no porque fuera moda entre los policías, sino porque le dolían los pies después de caminar toda la noche.

Amanecía sobre Nueva York. Un amanecer cochino, como siempre suelen serlo los de las grandes ciudades.

En la Brigada de Homicidios había movimiento, a pesar de la hora. Los inspectores, atiborrados de café, se arrastraban por entre las mesas con las narices ya negras de tanto trasegar tabaco.

El «viejo» entró. El «viejo» era quien había iniciado aquel maldito caso. El «viejo» traía cara de mal genio que tumbaba de espaldas.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada —dijo Stan—, excepto lo que ya le he dicho. El profesor murió atravesado por el estoque de un bastón. Un arma ya muy antigua, pero que mata igualmente.

—Un estoque... ¿Como aquel fulano al que despacharon en la pensión de aquella bruja llamada Danielle?

—Ujú.

—¿Y no había huellas?

—Nada, ni una. El fulano estaba muerto en su casa, donde vivía solo. Debía conocer al asesino, porque él mismo abrió la puerta. Debieron atravesarle sin decir una sola palabra, lo cual indica que el asesino no debía ser agente de seguros. Un agente le hubiera hecho firmar una póliza antes de cargárselo.

El «viejo» hizo una mueca.

—No tengo aquí más que gandules, más que imbéciles, más que mantenidos que no servirían ni para perseguir a los homosexuales. ¡Mereceríais estar todos en la Brigada de Limpieza!

Uno de los inspectores farfulló:

—También me lo dice mi mujer, jefe.

—¡Pues hazle caso! ¡Hazle caso de una vez!

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y entró Caniff silenciosamente.

CAPÍTULO XIV

—Nuestros hombres tuvieron un fallo garrafal —dijo el jefe de la sección técnica, mientras cargaba con lentitud su pipa—. Siempre comprobamos el material que se nos envía, pero esta vez hubo un descuido. Dos vigas de hierro que iban a ser empleadas en nuestras construcciones, y que formaban parte de una partida de sesenta y cuatro, tenían un punto de fisura. Muy poca cosa, pero debimos comprobarlo y no lo hicimos. Afortunadamente, la casa suministradora nos ha advertido.

Encendió su pipa. Johnny y el otro subjefe le escuchaban atentamente en el despacho de Dirección.

Johnny tenía una virtud: cuando estaba haciendo una cosa, no pensaba en otra. En estos momentos ya sólo existía para él el problema de las vigas de hierro, sin acordarse de lo sucedido tres noches antes, cuando dio alcance a la muchacha de la motocicleta.

—¿Dónde han sido colocadas? —preguntó.

—Eso es lo peor; no lo sabemos.

—¿Cómo es posible?

—Tenemos cinco edificios en construcción —dijo el jefe técnico—, y las vigas fueron repartidas en lotes y enviados a todos ellos. No sabemos dónde están colocadas las defectuosas. Ni que decir tiene, que uno de esos edificios corre peligro de derrumbamiento parcial.

Dio una larga chupada a su pipa.

—Es muy importante que ustedes se encarguen de localizar esas vigas, mediante los procedimientos técnicos que estimen más conveniente. Pero tengan en cuenta que al estar colocadas, el problema es difícil e importante. La dirección...

Hizo una breve pausa.

—... La Dirección premiará con cinco mil dólares a aquel de ustedes que logre subsanar ese error. Los perjuicios que sufriríamos,

caso de producirse el derrumbamiento, serían muy importantes. Creo que incluso esta cifra podría ser aumentada.

Johnny encendió un cigarrillo.

Maldito si le importaban aquellos cinco mil dólares. Después de su ascenso, podía permitirse algunos lujos, y las cantidades extra no le eran indispensables. No sería él quien perdiese el tiempo en una fatigosa búsqueda por los cinco edificios en construcción.

Pero cuanto más dinero tiene uno, más desea ganar.

En muy breve tiempo, Johnny había ido adquiriendo hábitos de lujo, y ya al salir del despacho pensó que podía concederse algunos caprichos importantes, caso de contar con aquellos cinco mil dólares.

Pero no podía ganarlos.

El no conocía el modo de identificar una fisura en una viga, fisura que quizá sólo podría delatarse por medios electrónicos. Quizá con mucha experiencia en aquella clase de trabajos, y con ayuda del sonido, podría conseguir algo. Pero Johnny no tenía aún experiencia, ni era el hombre más capacitado para intentar aquello.

Volvió a su apartamento aquella noche, después de pasar unas horas en un *cabaret* caro, donde logró olvidar sus preocupaciones, y vio allí algo que le llamó profundamente la atención.

Algo que le produjo un sobresalto.

Sobre su mesa había un gran plano de Nueva York, donde estaban señalados con círculos rojos los cinco edificios en construcción a cargo de la Compañía. Planos como aquél los manejaba con frecuencia en su despacho, pero no recordaba haber traído ninguno a su apartamento.

¿Cómo había uno allí?

Johnny encendió un cigarrillo.

Bonita estupidez. Archibald debía tener razón, al fin y al cabo. Hay muchos actos habituales que realizamos mecánicamente, sin darnos cuenta, y que luego no recordamos.

El habría traído aquel plano allí para consultar cualquier cosa, y luego lo habría olvidado.

Al terminar el cigarrillo, se desnudó en parte. Estaba cansado, y además había bebido mucho. La cabeza le zumbaba. Se tumbó en la cama, tomó para distraerse una revista donde había muchas fotografías con chicas ligeras de ropa, y se fue durmiendo poco a

poco.

Su sueño fue pesado. Muchas veces estuvo a punto de despertarse y, sin embargo, no lo consiguió. Tenía una fuerte sensación de pesadilla, aunque su cerebro estaba en blanco. No despertó hasta muy avanzada la mañana siguiente, cuando ya era tarde para llegar puntualmente al trabajo.

Se dio una ducha helada.

Luego se afeitó, se vistió y empezó a sentirse mejor. Regresó al dormitorio, y de pronto el corazón le dio un vuelco.

Uno de los puntos del plano estaba quemado.

Estaba quemado precisamente en el círculo rojo que señalaba uno de los edificios en construcción. Parecía como si hubieran depositado sobre el papel la punta de un cigarrillo.

¿Pero quién?

¿El?

El recordaba perfectamente haber fumado un cigarrillo la noche anterior, mientras se desnudaba. No era tonto; era un hombre como los demás. Tenía memoria y recordaba las cosas. ¿Por qué, entonces, le sucedía todo aquello?

Concretamente, ¿dónde estaba el cigarrillo?

Pronto lo vio.

Estaba en el cenicero, al otro lado de la pieza.

¿Cómo, pues, se había producido la quemadura en el plano?

Johnny descolgó el teléfono. Su mano derecha temblaba. Disco uno de los números de la Brigada de Homicidios, llamando a Caniff.

Caniff acudió quince minutos después. Parecía tan fresco como si hubiese estado durmiendo desde que se pelearon tres noches más tarde, en el descampado.

Sin embargo no parecía ofendido. Debía considerar aquello como un gaje más de su oficio.

—¿Qué ocurre, Johnny?

Johnny no empleó palabras.

Señaló sencillamente el cigarrillo, que estaba a un lado de la pieza, el plano quemado que estaba en el otro flanco de la habitación.

Caniff se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—No lo he hecho yo.

—¿Sugieres que alguien ha entrado aquí para quemar este punto del plano?

—No lo sugiero; estoy seguro.

—Bueno, no digas tonterías. ¿Cuándo fumaste?

—Anoche, al desnudarme.

—Hubo un momento en que tuviste ocupadas las dos manos, ¿no es así, pobrecito Johnny?

—Claro que sí, aunque no lo recuerdo. Es lógico.

—Y depositarías el cigarrillo en algún sitio.

—Pude tenerlo en la boca.

—Cierto, pero aún tienes los ojos enrojecidos. Anoche debiste acostarte tarde e ibas cargado. El humo del cigarrillo molesta en esas circunstancias. Lo dejarías en cualquier sitio. Si te desnudaste ahí, como es lógico —señaló un punto concreto, muy cerca de la cama— el lugar más cercano que tenías era la mesita con ese plano. Lo depositarías sobre él durante unos instantes, sin darte cuenta.

—Pero no hay ceniza...

Caniff examinó con más atención el pequeño disco quemado. Su rostro se contrajo.

—Es cierto. Y me parece extraño.

—¿Qué ocurre? ¿Qué piensas?

También el rostro de Johnny se había contraído.

—Esto no ha sido causado por un cigarrillo, Johnny.

—¿Qué... sugieres?

Johnny había esperado aquello. Había llamado a Caniff precisamente para que se lo confirmase, pero ahora que Caniff lo decía sentía Johnny que su frente se llenaba de un sudor helado.

—No, esto no lo ha causado un cigarrillo.

—¿Entonces... qué?

—No lo sé. Una materia incandescente mucho más intensa que un cigarrillo. No un hierro al rojo, desde luego, porque entonces hubiera quemado también la mesa.

—¿Un... un dedo?

Johnny ya no sabía qué pensar.

—No hay nadie que tenga los dedos convertidos en llamas, amigo mío..., al menos en este mundo.

Johnny necesitó apoyarse en la pared.

Respiraba fatigosamente.

Vio cómo Caniff doblaba el plano y no hizo nada para impedirlo. Caniff abrió, para introducirlo en ella, una cartera de mano que llevaba. Pegada a la parte superior de esa cartera había una foto.

Johnny tenía ojos de lince. La reconoció.

Era una foto a tamaño nueve por doce de la mujer que más le había atormentado en el mundo. La de la chica de la motocicleta.

Pero nada dijo. Cuando Caniff se marchó, llevándose el plano, él todavía guardaba silencio.

Fue más tarde cuando admitió que, en efecto, aquello no lo había causado un cigarrillo. Fue más tarde cuando Johnny se dijo a sí mismo que la verdad era mucho más inquietante, pero al mismo tiempo mucho más sencilla de lo que él había supuesto al principio.

Simplemente, acababa de ocurrir lo mismo que sucedió ya con el libro que trataba de los encofrados.

Alguien había querido ayudarle.

Alguien que estaba en el Más Allá.

Nos pasamos la vida entera sin creer en cosas que no hemos visto, y luego, de repente, les damos un crédito ciego. El horizonte mental de un hombre puede variar en un solo día, y eso era que lo que le estaba ocurriendo a Johnny.

Ahora creía en la ayuda de Greta.

Ahora pensaba que ella le comunicaba cosas por los procedimientos que estaban a su alcance. Le orientaba en el camino de la vida.

Y Greta no le daba miedo, sino que su recuerdo le producía una extraña dulzura.

Telefonó a la oficina técnica.

—He averiguado algo —dijo, al hablar con el director—. Sé dónde se colocaron esas vigas defectuosas.

—¡No es posible!

—Puede darlo por seguro. Yo lo afirmo.

—¡Pero si hace falta una observación muy detallada! ¡Nadie podría conseguirlo en tan poco tiempo!

—Yo lo he conseguido.

—Johnny...

—¿Qué?

—Creo que hasta ahora le tuvimos en un concepto que no

merecía, muchacho. Usted es mejor de lo que pensábamos en la oficina técnica. Infiernos, mucho mejor.

La voz de Johnny se hizo más gruesa.

—Más valdrá que empiecen a retirarlas cuanto antes, a pesar de que por ahora no hay peligro de hundimiento.

—Claro que sí, muchacho. ¿De qué edificio se trata?

—Del que construimos en Broadway.

—De acuerdo. ¿Y qué vigas?

Johnny tragó saliva.

Diantre, no había pensado en aquello. Estaba tan excitado que no había prestado atención a un detalle tan elemental. Ni siquiera se había acercado por el edificio de Broadway.

Y ahora no podía pedir ayuda a Greta. No podía ponerse tranquilamente en comunicación telefónica con el otro mundo.

—¿Qué le ocurre, Johnny? ¿No contesta?

—Las tenía apuntadas, señor, pero ahora no recuerdo. Sería necesario que volviese allá.

—Hágalo, se lo ruego. Cuanto antes.

—¿A qué hora piensa enviar a los técnicos para que empiecen a preparar los andamiajes y las retiren?

—Mañana a primera hora.

—De acuerdo.

—¿Estarán marcadas las vigas?

—Lo estarán. Y yo mismo iré allí.

—Se lo agradezco, Johnny. ¡Ah! Y cuente con algo más que el premio de los cinco mil dólares.

El jefe colgó.

Johnny lo hizo también, lentamente, mientras se acariciaba la barbilla. Aquella situación absolutamente irreal le estaba pareciendo muy lógica. Y le resultaba agradable, porque le favorecía.

El había deseado ascender, y había ascendido. Había deseado durante un fugaz momento los cinco mil dólares, y ya eran suyos.

Años antes, cuando era más joven, recordaba haber leído una novela de Balzac titulada «La piel de zapa». El protagonista poseía una piel gracias a la cual veía cumplidos sus deseos, absolutamente todos, y lo único que ocurría en cambio era que la piel se iba haciendo cada vez más pequeña. El, Johnny, se encontraba en una

situación mucho más envidiable. Greta, en el otro mundo, no se hacía más pequeña. Greta no se terminaría nunca. Por lo visto a él le bastaba formularse un deseo para tenerlo inmediatamente satisfecho.

Sin duda Greta le ayudaría también al señalar las vigas que debían ser retiradas.

Pero para ello debería ir al edificio en construcción, a Broadway, antes de la noche.

Todas las vigas de aquella planta, pintadas de rojo minio, estaban al descubierto. Todas parecían iguales vistas desde abajo, y era imposible adivinar cuáles resultaban defectuosas.

Johnny comprendió que esta vez estaba metido en un buen lío, un lío del que no sabría salir.

¿Cómo señalar las vigas? ¿Qué podría decir? ¿Que las retiraran todas, sin dejar una?

Para colmo de males, el encargado general de la obra se acercó a él. Parecía lleno de admiración.

—Ya me han telefoneado. ¡Es admirable! ¿Cómo lo ha conseguido usted?

—¿Conseguir qué?

—Lo de las vigas. ¡Ni siquiera las ha mirado!

—Al amanecer, cuando ni siquiera los vigilantes estaban en su sitio he venido aquí.

—Me quita un peso de encima... ¿De modo que era usted?

—¿Es que el vigilante ha notado algo?

—Le ha parecido notar, precisamente al amanecer, que alguien rondaba por las obras, pero no estaba seguro.

«Las casualidades me siguen favoreciendo», pensó Johnny.

—Era yo.

—¿Desea hacer alguna comprobación?

—Sí. Emplearé una elevadora para llegar hasta el techo. He de examinar otra vez las vigas una por una.

—Un momento, señor.

La elevadora fue puesta a disposición de Johnny. Éste examinó desde muy poca distancia las vigas, contemplado admirativamente desde abajo, por los técnicos subalternos.

Pero no notó nada. Hacía falta ser un diablo para adivinar aquello. ¡Y a la mañana siguiente vendrían a retirar el material que

él dijese!

No podía aguardar, pues, a que Greta le ayudase durante el sueño. Debía volver allí por la noche, a ver si las vigas presentaban alguna señal.

Johnny creía ya firmemente en eso.

Decidió volver.

CAPÍTULO XV

Cuando un edificio viejo es demolido en Nueva York, y la superficie del solar resulta lo bastante extensa, casi inevitablemente se alza allí un nuevo rascacielos.

Las obras que se realizan, aunque son gigantescas, duran un tiempo increíblemente corto. Al menos dos tumos de obreros se suceden sin interrupción. Las obras sólo quedan detenidas unas pocas horas, y es entonces, en la noche silenciosa de Nueva York, cuando los vigilantes velan cerca de las costosas máquinas, y cuando por entre los andamiajes parecen circular sombras furtivas y se oyen roces misteriosos, que sin embargo, se disipan al llegar el alba.

Los ruidos misteriosos de la noche, esos ruidos cuya explicación exacta nadie ha encontrado aún, rondaban en torno a Johnny cuando éste entró en las obras del rascacielos antes de la madrugada.

Al conocer el emplazamiento exacto de los puestos de vigilancia, no tuvo dificultad alguna. La oscuridad era casi completa, y él se movía con el sigilo de un gato. No había gran peligro de que le descubrieran, pero la verdad era que él tampoco tenía grandes posibilidades de averiguar de noche lo que no había podido encontrar de día. A menos que...

Johnny temblaba de excitación cuando tomó una de las altas escaleras de mano que sólo se empleaban en caso de avería de los elevadores.

La apoyó con cuidado en una de las vigas que quería examinar. La escalera tenía la altura justa. Empezó a trepar con sigilo.

Un viento fresco que llegaba del río le dio en la cara apenas remontó los primeros peldaños.

Los susurros aumentaron. Al silencio parecía estar lleno de sonidos misteriosos que se propagaban sin cesar.

Johnny examinó la viga. La golpeó quedamente con el bastón que llevaba con este objeto.

Nada.

Su frente empezó a perlarse de un sudor frío. El miedo al ridículo le desazonaba.

Cambió la escalera de sitio y miró en otro punto de la misma viga aguzando la vista al máximo.

Y entonces lo vio.

La pintura al minio aparecía completamente abrasada... por la marca de una mano.

CAPÍTULO XVI

Una suave sonrisa se dibujó en los labios de Johnny. Lo que para otro hubiera significado una espantosa revelación, para él era un triunfo de fantásticas proporciones.

El había acudido allí para tener una cita con una muerta. Una cita en el Más allá.

¡Y la muerta había acudido!

Allí estaba su marca. Allí estaba la señal que indicaba qué vigas habían de ser sustituidas. Aquella era una. La señal debía estar también al menos en otra.

Johnny se aprestó a descender.

De pronto notó un ruido extraño que dominaba los mil susurros misteriosos de la noche. Era como un gemido ronco, lejano, insistente.

Johnny volvió la cabeza... ¡y vio que una de las máquinas elevadoras empezaba a moverse lentamente!

Al parecer no la manejaba nadie. Con un ronquido lento, y que parecía arrancado a una garganta humana, la máquina se fue izando poco a poco, elevando hasta el techo su poderoso brazo de acero.

Luego se detuvo.

Tan silenciosamente como había empezado aquello, todo cesó.

La noche volvió a poblarse de susurros. Nada más que susurros.

Johnny miró en torno suyo. Todo aquello era estúpido, pero un sudor helado empezaba a perlar sus sienes.

Luego se oyó un sordo estruendo. Ahora el sonido fue brutal, como un impacto.

¡Una de las perforadoras se había puesto a funcionar! ¡La máquina avanzaba lentamente hacia él!

¡Y, al parecer, no la guiaba nadie!

Johnny sintió que le temblaba el labio inferior.

Era un temblor espasmódico, silencioso, pero que parecía repercutir en su cráneo.

Comprendió que la perforadora al avanzar, derribaría la escalera en que él estaba apoyado. Por tanto no tuvo más remedio que subir a lo alto de la viga. Ésta era de base ancha y ofrecía un paso relativamente seguro para un hombre ágil. Johnny avanzó por ella en dirección a una de las paredes maestras, por la que podría deslizarse. Su pensamiento era uno solo: ¡escapar de allí!

Bruscamente la perforadora se detuvo.

Otra vez el silencio volvió a imperar. Pero ahora era absoluto, angustioso. Hasta los susurros habían cesado.

La gigantesca grúa amarilla que repartía los materiales se puso entonces en movimiento. La grúa era silenciosa, y eso puso doblemente nervioso a Johnny. Parecía como si la movieran los fantasmas. Poco a poco la punta de la grúa se acercó al dédalo de vigas rojas en que él se encontraba.

La oscuridad era bastante intensa, pero el amarillo de la grúa se distinguía con cierta claridad, a pesar de ser el verde el color que más se distingue en la penumbra. Johnny siguió avanzando hacia la pared maestra, a mayor velocidad cada vez.

De pronto vio que, enfrente de él, cortándole el paso, la grúa había depositado a un hombre.

Iba sin armas.

Johnny lo conocía bien.

Se trataba del amable, del servicial, del maldito Caniff.

Johnny masculló:

—Lo suponía.

—¿Qué suponías, pobrecito Johnny? ¿Que todo era condenada trampa?

Caniff sonrió. Su sonrisa cuadrada era dura y áspera. Sus ojos grises se habían vuelto más pequeños.

—Entrégate, Johnny.

—¿Entregarme? ¿Y por qué había de hacerlo?

—Por el asesinato de una mujer, una artista de variedades, en Queens, el año pasado. Por el asesinato, hace breves días, de una conocida de Archibald. Por la muerte de dos mujeres más, a una de las cuales emparedaste, enterrando a la otra. Por la muerte de un hombre en una pensión de mala fama que tú frecuentabas, y cuya

propietaria era una tal Danielle. Y por el asesinato —y ésta ha sido tu hazaña más reciente— de un crítico de arte, uno de los hombres que no quiso concederte, hace algún tiempo, un premio de escultura.

Johnny guardó silencio. Se oía su respiración ansiosa, sin embargo, como un silbido que flotase entre las vigas.

Caniff prosiguió:

—Sospechábamos de ti, pero no existían pruebas. Ninguna prueba, pobrecito Johnny. Sólo sabíamos que un hombre normal se convertía de repente en una especie de loco sádico... ¡un hombre fracasado que de repente quería mostrarse superior a todos los demás! Por eso hubimos de recurrir a los servicios de Archibald, pobrecito Johnny. Archibald es uno de nuestros mejores agentes. Tú lo sabes ahora; pero no lo hubieras sabido jamás.

Los dientes de Johnny rechinaron. Todos los músculos de su cuerpo ágil y joven se tensaron de pronto.

El bastón que empuñaba se enderezó en su mano derecha.

—¿Qué pretendía Archibald? —rugió—. ¿Qué quería?

—Primero introducirte en un clima especial. Mientras tú siguieras siendo un hombre aparentemente normal, que trabajaba en un despacho de arquitectos, nada conseguiríamos. Hacía falta algo que te sacara de tu condenada cáscara de hombre respetable. Entonces te dijo lo de la comunicación entre vosotros, cuando uno de los dos muriese. Sólo eso ya galvanizó tus nervios, ya hizo que la situación fuera distinta. Luego, por una desdichada casualidad, murió la hermana de Archibald. Fingimos que era ella la que se comunicaba contigo.

—¿De modo que todo lo ocurrido en mi habitación... fue preparado?

—Todo preparado, Johnny. Teníamos un confidente en tu lugar de trabajo. Un hombre que supo abrir a tiempo una caja fuerte, para hallar el cuestionario con arreglo al cual ibas a ser examinado. Tenemos también un equipo técnico de primera calidad, que supo hallar las vigas defectuosas.

—Ya me dijo uno de los encargados que había venido alguien antes del amanecer —gruñó Johnny.

—No hace falta decir —explicó calmamente Caniff—, que también tenemos personas capaces de entrar en las habitaciones sin

que su dueño, dormido, se dé cuenta. Y ahora dejemos de hablar. Más vale que te rindas, Johnny. Acabemos de una vez. Serás juzgado legalmente y con las debidas garantías.

—No podréis probar nada... ¡Nada!

—Un equipo magnetofónico está recogiendo tus palabras, pobrecito Johnny.

—¡La cinta magnetofónica nunca ha sido prueba suficiente ante un Tribunal!

—Claro que no, Johnny. Nos ayudará simplemente.

—¡Y aún no me has dicho cómo, según tú, maté a la amiga de Archibald!

—Le seguiste. Le seguiste como te habíamos encargado, con el propósito de que un agente te siguiera a ti. De ese modo te teníamos localizado siempre, y Archibald, en cierto modo, te traía adonde a él le interesaba; todos tus actos estaban rigurosamente controlados. Pero aquella tarde de domingo Archibald, el viejo solterón, no pensaba en ti. El tenía una cita con una amiga que hubiera terminado siendo su esposa. El agente encargado de seguirte, perdió tu pista en el cine. Y así fue como llegaste a ver la mujer, a la amiga de Archibald. La aguardaste en la habitación donde ella tenía el mueble bar, y allí la asesinaste. Archibald no pudo abrir la puerta; no pudo evitar que tú te escabulleses. En realidad ni siquiera llegó a verte.

—Archibald ha debido odiarme mucho después de aquello —farfulló Johnny.

—Con toda su alma. Pero no podía demostrarlo.

—Tú también vas a odiarme, Caniff —susurró.

—No lo dudo, Johnny. Intentarás matarme.

—Sí. Y lo haré cuando me expliques qué pretendíais con la muchacha de la motocicleta.

—Ponerte nervioso, muchacho. Sólo eso. Fue una invención de Archibald, quien, desde luego, no había matado a nadie en accidente. La noche en que la alcanzaste, y estuviste a punto de violarla, pudiste haberte delatado. Pero yo no lo soporté. Yo intervine antes de lo necesario... porque no podía más.

—Era tu novia, ¿verdad?

—Sí.

—Llevas su foto en tu cartera de mano.

Caniff contestó roncamente:

—Sí.

—¿Ella es policía?

—Lo es. Se trata de un agente femenino.

—Y también debía serlo el joven que se llevó la moto de frente al bar. Y la mujer de los servicios...

—Esta última no. Bastó con una buena propina.

Johnny apretó los labios.

Se daba cuenta de que había llegado el fin. De que aquella cita en el Más Allá terminaría con la muerte de uno de los dos.

—Te pusiste difícil, Johnny —murmuró Caniff, que estaba ya a muy poca distancia—. Ha costado hacerte llegar hasta aquí... con ese bastón.

Johnny emitió una risita silenciosa y tensa. Desenroscó el mango del bastón. Una aguda espada apareció tras la empuñadura.

—El arma de algunos de tus crímenes... —susurró Caniff—. La prueba que buscábamos. Ese bastón es una reliquia de la época en que tuviste la pierna rota, pero no has querido desprenderte de él. Te resultaba muy útil, ¿no?... Adelante, Johnny. Avanza...

Johnny lo hizo.

Sus facciones estaban tensas.

La espada se movía lentamente en su mano derecha, de un lado a otro, cubriendo terreno.

En una misma viga, a catorce metros de altura, iban a encontrarse los dos hombres. Ambos avanzaban lentamente. Los ojos de cada uno estaban fijos como los de una fiera. Fijos en los movimientos del otro.

Ocho pasos...

Seis...

Una claridad lechosa se insinuaba sobre Manhattan. El rojo de las vigas se hizo más intenso.

Cuatro pasos...

Caniff seguía avanzando. Caniff no tenía miedo. Johnny rechinó los dientes otra vez.

Estaba al borde de su resistencia nerviosa. No podía más. Lanzó un grito... ¡y atacó!

Ninguno de los hombres que estaban abajo intervino. Nadie se movió excepto Caniff, que esquivó el golpe del acero saltando de la

viga... para colgarse con ambas manos del borde inferior de ésta.

Johnny lanzó otro grito.

Otro grito más breve, más ronco, al perder el equilibrio y caer hacia el suelo. Un grito que dibujó en el rostro de Caniff una mueca de pesadumbre.

El golpe sordo del cuerpo al chocar contra el suelo le indicó que el asesino había dejado de existir.

Caniff susurró:

—Pobrecito Johnny...

Fue todo lo que supo decir antes de ir en busca de la muchacha de la motocicleta.

—Pobrecito Johnny...

FIN

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



EL FILM

LA PELÍCULA
ES UNA CINTA
DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

leyendo este libro comprenderás lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

